



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura
Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánica

La violencia como enfermedad terminal: *Nancy*, de Bruno Lloret

Informe de seminario para optar al grado de Licenciado en lengua y literatura hispánica.

Alumno: César Morgado Muñoz

Profesora guía: Alejandra Bottinelli.

Santiago, Chile.

Diciembre 2018

Agradecimientos.

A Jorge René y María Magdalena, por su amor y apoyo incondicional.

A Jorge Eduardo, por ser un buen hermano.

A mis abuelos, tíos y primos, por acompañarme en cada paso.

Y a todas mis amistades, por confiar en mi y darme tanta felicidad.

Sinceramente, muchas gracias.

Índice

Agradecimientos.....	2
Introducción: La violencia como metáfora patológica	4
Marco teórico: Sobre la violencia, la representación y la enfermedad, entre otras cosas.	6
En torno a la violencia	6
Sobre la representación	10
Sujeto, memoria y literatura	12
Sobre la enfermedad y la repugnancia.....	15
Capítulo 1: Violencia Insidiosa	19
1.1-Una perspectiva única desde la marginalidad.....	20
1.2-El relato de la memoria	25
El recurso de las X, un recurso equívoco	29
El relato a través del cuerpo	31
Capítulo 2: Violencia contagiosa e invasiva	32
2.1-Violencia intrafamiliar: Castigo y abandono	33
2.2-Violencia dentro de la comunidad: marginados dentro de la marginalidad .	39
2.3- Violencia sistémica: Economía, Autoridad e Instituciones	43
Capítulo 3: Violencia fatal	49
3.1-Mística profética	50
3.2- Estructura cíclica.....	54
Conclusiones.....	60
Bibliografía.....	64

Introducción: La violencia como metáfora patológica

Una sentencia de muerte. Un caminar lento y agonizante hacia la total disolución del cuerpo. Un estado irreparable, un punto de no retorno, que llega de manera inesperada y se instala muy adentro, en un sitio donde no puede ser alcanzada, por más que se lo intente. Así se percibe una enfermedad terminal, como un misterio insidioso que se instala para truncar la vida, como el inicio de un proceso de fin. Inicia desde mucho antes, desde un lugar en el tiempo en que su posibilidad es insospechada. El proceso de deterioro suele ser imperceptible y a veces fortuito. A pesar de los muchos avances tecnológicos dentro de la medicina contemporánea, algunas de estas enfermedades siguen siendo letales al entrar en su fase final, por lo que la prevención y el tratamiento temprano son las medidas necesarias para sobrevivirlas. Pero detectarlas a tiempo sigue siendo a causa de algún evento inesperado, ya sea un chequeo de rutina o algún malestar distinto que lleva a los pacientes a analizarse, ya sea un pequeño acto de prevención casi paranoide, como un ¿qué tal sí? que lleva a la gente a descubrir de repente que deben comenzar a luchar para mantenerse con vida.

Pues la enfermedad se esparce, y las manifestaciones que alguna vez fueron indetectables se vuelven más y más notorias. Enfermedades como el VIH y el cáncer no manifiestan signos notorios en sus fases iniciales. Requieren de exámenes precisos o de la precaución bienaventurada de algún médico, para ser detectadas y comenzar el proceso de control. Si esto no ocurre, el cuerpo comienza una cuenta regresiva hacia su propio fin. Y con el deterioro del cuerpo viene el deterioro psicológico. Y con el fin de la esperanza, el proceso se acelera.

Una enfermedad terminal es un proceso intrínsecamente violento. Como lo es una invasión o algún proceso armado de conquista. Avanza por los confines del cuerpo aniquilando sus funciones vitales lentamente, o rápidamente, dependiendo del caso. La enfermedad se expande, se reproduce, a veces se transmite, y detenerla requiere de prevención, detección y un gran esfuerzo en tratamiento. La dinámica de una enfermedad es muy similar a las dinámicas de violencia insertas en las sociedades. Una vez instalada dentro de los sistemas o las estructuras socio-culturales, es increíblemente difícil detener su proceso de expansión. Y la violencia, en su multiplicidad de formas y magnitudes,

requiere de diversos esfuerzos para ser detenida, y el proceso puede ser complejo, lento y muchas veces conflictivo. Porque la violencia, al igual que la enfermedad, se introduce de manera insidiosa, alimentándose de miedos, conflictos, ideologías, códigos, para luego quedar instalada, consumiendo lentamente a la sociedad en la que se encuentra. Es fácil iniciarla, fácil de reproducir, fácil de naturalizar y tiene la facultad de ser fácilmente dissociable. Y la violencia consume la mente. La violencia consume el cuerpo. Y puede fácilmente destruir la fibra social, creando espacios sin futuro, atrapados en el ciclo constante. Pues la violencia, como la enfermedad en fase terminal, posee un carácter de inevitabilidad en la medida de que no se actúa hasta que ya es demasiado tarde. Un ambiente violento, inevitablemente traerá consecuencias violentas, generando víctimas y victimarios, en una espiral desesperantemente predecible.

Argumentaré aquí, en adelante, que en la novela *Nancy* (2015) de Bruno Lloret, es posible observar esta analogía entre enfermedad terminal y violencia sistémica, una metáfora patológica manifestada dentro de los distintos elementos que componen la estructura de la novela, ya sea la configuración de sus personajes, las acciones, los eventos, y el modo en que todo esto es presentado ante el lector. La novela nos muestra una crítica visceral a la violencia presente en los sistemas socio-culturales, explorándola desde un ambiente marginal, no solo centrándose en los personajes y su actuar, sino que además mostrándonos las diversas estructuras sociales que dieron forma a ese actuar. La economía, la educación, el gobierno, la autoridad y la religión, se presentan cómo condicionantes para la generación de individuos que viven en un espacio marginal por haber sido abandonados, y abandonados por ser marginales. Bruno Lloret se vio enfrentado a las dificultades que implican tratar la representación de la violencia, presente en diversos aspectos y estratos de la vida social. Para construir un sentido, un discurso en torno a la violencia sistémica y su efecto sobre los individuos, el autor estructuró las diversas dimensiones de su novela, de tal manera que la violencia siempre apareciera al frente, como punto céntrico de la construcción de su relato. Es así como se nos da un recorrido de las diversas manifestaciones de la violencia a nivel macro y microestructural, desde la perspectiva de una joven habitante de la marginalidad, alguien que se vio en el infortunio de desarrollarse rodeada de estímulos negativos que la llevaron a naturalizar la violencia, de la cual era testigo y víctima. En este contexto, la metáfora patológica se construye en torno a tres grandes aristas, que hacen coincidir los mecanismos de la

violencia con los de una enfermedad terminal: el carácter insidioso, la invasión contagiosa y el desenlace fatal.

Marco teórico: Sobre la violencia, la representación y la enfermedad, entre otras cosas.

Para comprender cómo se construye esta analogía entre violencia y enfermedad terminal, es necesario adentrarse en los diversos conceptos que componen el cuerpo y estructura de esta alegoría. Adentrarse en el concepto de violencia, sus manifestaciones, sus mecanismos, sus dimensiones. Para luego comprender cómo se representa, a través de qué formas, desde qué lugares, comprender el relato de la memoria y la marginalidad. Acercarnos a los modos en que la violencia es representada en la literatura, de modo que podamos comprender los mecanismos utilizados en la novela a tratar. Entender la enfermedad dentro de los marcos culturales, y su relación con los discursos ideológicos y la segregación social, los juicios morales y la culpa.

En torno a la violencia

La violencia como concepto resulta compleja, a veces esquiva, como algo que se vuelve inasible por su propia magnitud. Posee diversas aristas y una amplia gama de manifestaciones. Diversos estudios a lo largo de los años han procurado comprender el concepto de violencia. Determinar qué es, cómo se identifica, cómo se reproduce, cómo se detiene. Puede encontrarse como acción, como proceso. A veces como medio, a veces como fin, a veces como paria, y a veces como pilar ideológico o cimiento de un sistema. Para comprender de qué manera la violencia es representada en la novela a tratar, es necesario ahondar en el concepto mismo de violencia y comprender algunas de sus posibles manifestaciones y mecanismos.

Para una definición amplia de la violencia haremos uso de las definiciones de José Sanmartín que en su artículo “¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia” (2009) nos presenta a la agresividad como un impulso reaccionario, gatillado por factores externos al individuo. Como una respuesta al peligro o al daño posible, la agresividad sería algo más biológico que psicológico cultural, para Sanmartín. A partir de esta noción de agresividad es que el autor establece una definición de violencia: “La violencia es agresividad, sí, pero agresividad alterada, principalmente, por la acción de factores socioculturales que le quitan el carácter automático y la vuelven

una conducta intencional y dañina” (Sanmartín 9). La violencia sería una acción consciente que, independiente del objetivo con que se ejerza, provoca algún tipo de daño físico o psicológico sobre el receptor. Esto resulta interesante pues establece que el fin de la violencia no anula el hecho de que sea, en sí, violencia. De esta manera, no quedan exentos aquellos actos culturalmente aceptados o avalados por la cultura o las circunstancias. Actos como “disciplinar” o “ajusticiar”, pueden ser violentos, independientemente del marco cultural que los presente como aceptables.

Al mismo tiempo, la violencia no requiere de una acción directa como una bofetada o un insulto, pues también puede manifestarse por inacción. De esta manera, la negligencia puede ser catalogada como una forma auténtica de violencia. Cuando la responsabilidad es eludida conscientemente, y esto afecta negativamente a otros individuos, este acto puede ser comprendido como violencia. También es posible extrapolar la violencia desde los individuos a las instituciones. Un estado, como entidad colectiva, puede ser violento, ya sea por acción u omisión.

La definición de Sanmartín resulta bastante útil, considerando que la novela a tratar presenta diversas manifestaciones de violencia directa y negligente, ya sea por entidades colectivas como individuales. La violencia macro, aquella presente y abalada en un sistema socio-cultural, es recibida por los individuos, lo que puede traer la reproducción de esta violencia recibida. Es aquí donde podemos aplicar las definiciones de Enrique Chaux, que en “Agresión reactiva, agresión instrumental y ciclos de violencia” (2003) postula que, en contextos rodeados de violencia, existe una alta probabilidad de que esta violencia sea reproducida por aquellos que alguna vez fueron sus víctimas.

La “agresión reactiva” de Chaux coincide con el concepto de agresión de Sanmartín, siendo una reacción impulsiva a un estímulo. Pero luego, el autor introduce el concepto de “agresión instrumental”: “Es el uso de la agresión como un instrumento para conseguir un objetivo, sea éste recursos, dominación, estatus social o algo más” (49). Es aquella violencia que se ejerce como medio, como una herramienta. Dentro de esta categoría podemos encontrar toda aquella violencia de sumisión, opresión y manipulación. Chantajes y extorsiones, reducción del individuo y el deterioro controlado de su psique. Utilizar miedo, estatus, economía, entre otras cosas, son manifestaciones de este tipo de agresión. Y el autor señala que estas dos formas de agresión, reactiva e instrumental, pueden estar firmemente correlacionadas, debido a que los individuos que se desarrollan en ambientes en los que la violencia está normalizada, tienden a utilizar la

violencia como medio para la subsistencia. Las comunidades en las que la violencia subsiste, generan individuos violentos que se suman a la violencia del entorno, creando un ciclo de violencia perpetua.

La violencia tiende a ser reproducida y expandida, una vez recibida, por lo que, teóricamente, es posible hacer un rastreo desde las interacciones violentas a nivel micro, y encontrar su origen en un nivel macro. Diversas estructuras socio-culturales perpetúan y fomentan el uso de la violencia dentro de las interacciones sociales, ya sea bajo pretextos económicos, religiosos, morales, biológicos, políticos, etc. Estas estructuras que se superponen a los individuos condicionando su actuar sin que ellos sean conscientes de la influencia del sistema, es parte de lo que Pierre Bourdieu denomina en *Intelectuales, política y poder* (1999) como “sistema de producción simbólico”, y a esta interacción social donde el sistema establece y perpetua las relaciones jerárquicas de poder, la denomina “violencia simbólica”. Entidades de poder, ya sean políticas, religiosas o económicas, utilizan estos sistemas simbólicos para insertar una cosmovisión particular en la mente de los dominados:

“El poder simbólico como poder de construir lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo y, por ello, la acción sobre el mundo, por lo tanto el mundo; poder casi mágico que permite obtener el equivalente de lo que es obtenido por la fuerza (física o económica), gracias al efecto específico de movilización, no se ejerce sino si él es *reconocido*, es decir, desconocido como arbitrario”. (71)

La cita precedente quiere decir que el poder simbólico se ejerce con el fin de “hacer creer”, de generar un modo particular de ver el mundo, hacer que el grupo dominado crea que su entorno y condición no es un constructo, sino que una realidad indiscutible e inamovible. Aspectos culturales como los roles de género, la familia, la disciplina, la autoridad, la economía, son constructos diseñados con el fin de no ser percibidos como constructos, sino que como realidades irrefutables. Estas realidades han de ser aceptadas por los dominados, y su perpetuidad solo es asegurada cuando aquellos sometidos al poder simbólico lo reproducen entre ellos de manera inconsciente, dándole poder efectivo a la palabra y al sistema simbólico de poder.

Slavoj Žižek en *Sobre la violencia: Seis reflexiones marginales* (2009) postula los conceptos de “violencia objetiva” y “violencia subjetiva”, que pueden conectarse

directamente con el carácter de instrumento de poder, de los sistemas simbólicos. A lo que Žižek se refiere por “violencia objetiva” es a aquella forma de violencia que se encuentra intrínsecamente ligada a sistemas ideológicos, políticos y económicos, que afecta a las comunidades a niveles que van mucho más allá de las diversas subjetividades de los individuos. Este tipo de violencia no posee un rostro determinado, no puede atribuirse a una entidad específica, pues se encuentra en un nivel superior, dentro de la macroestructura social. El autor explica cómo la violencia objetiva es capaz de inculcar diversas conductas en los individuos, cómo los sistemas ideológicos o simbólicos son capaces de introducir diversas percepciones de mundo, generando instancias de “violencia subjetiva”, que corresponde a aquella violencia identificable, plenamente visible, que se puede apreciar claramente en las interacciones sociales. Así la “violencia subjetiva” puede ser reflejo de una “violencia objetiva”, los sistemas pueden inculcar miedos, segregaciones, metas, deseos, códigos de conducta que los individuos han de seguir:

“...la violencia subjetiva es simplemente la parte más visible de un triunvirato que incluye también dos tipos de violencia. En primer lugar, hay una violencia <<simbólica>> encarnada en el lenguaje y sus formas... En segundo lugar, existe otra a la que llamo <<sistémica>>, que son las consecuencias a menudo catastróficas del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económico y político”. (10)

Estos sistemas simbólicos ejercerán “violencia objetiva” en la medida en que se alejan de toda subjetividad individual, en la medida en que no puede asignársele un rostro específico, al mismo tiempo que el perjuicio es contra comunidades o amplios grupos de individuos, sin consideración de sus especificidades. Los órdenes políticos y económicos establecen principios jerárquicos de poder y subyugación, que existen más allá del control que pueda ejercer alguna entidad individual específica.

Rita Segato en *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos* (2003), establece al patriarcado como un sistema biopolítico de control y sometimiento. Dentro de este sistema, la violencia es la herramienta principal para la manutención y expansión del poder. El patriarcado establece una jerarquía en torno al género, donde los cuerpos femeninos son fuertemente controlados en cada aspecto posible. Ante la insubordinación se presentará la violencia como mecanismo de persuasión, sumisión o eliminación. Según

la autora la violencia de género es un fenómeno universal e histórico, en el que se instaura una serie de reglamentos que poseen el fin de crear un determinado orden social, estableciendo determinados estratos de privilegio y sumisión, donde la persona afectada se verá rodeada de estímulos sociales que dictaminen o condenen su modo de actuar. Una forma de violencia que es más efectiva en la medida que es más sutil, introduciéndose en cada aspecto de la vida, de tal modo que enmascare los procesos de violencia directa y brutal con los que fue instaurado el orden en primera instancia.

“Se diseña así el universo amplio y difuso de la violencia psicológica, que preferiré llamar aquí “violencia moral”, y que denomina el conjunto de mecanismos legitimados por la costumbre para garantizar el mantenimiento de los estatutos relativos entre los términos de género”. (107)

Lo que nos presenta que la manera en que el sistema patriarcal mantiene su vigencia, es a través de estructuras morales introducidas en la cultura, que legitiman la desigualdad de género, creando modelos determinados que poseerán facultades y derechos morales para castigar a aquellas personas que desobedezcan al orden establecido, y sus respectivos roles de género.

Sobre la representación

La representación literaria de la violencia es un tema complejo y delicado, por lo que es necesario realizar una contemplación en torno al lugar desde donde se narra, al modo, a las palabras, a la distancia. Stuart Hall en *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices* (1997) dice que la representación puede ser un esfuerzo por reflejar el mundo real, con sus eventos, objetos y conceptos, dentro del lenguaje, pero resulta imposible trasladar el mundo real al espacio que habita el lenguaje. Al escribir sobre la realidad, lo que se presenta ante el lector no es la realidad misma, sino que se presenta un concepto de aquello que se desea representar, un signo y, por lo tanto, una entidad poseedora de sentido. En el acto de representar hay un acto de creación de sentido que se relaciona con sistemas conceptuales complejos, específicos de cada cultura, época o comunidad, y así la comprensión del objeto representado jamás es estática.

“Las cosas no significan: nosotros construimos el sentido, usando sistemas representacionales –conceptos y signos. Por tanto éste es llamado el **enfoque constructivista del sentido** dentro de la lengua. De acuerdo con este enfoque,

debemos no confundir el mundo material, donde las cosas y la gente existen, y las prácticas simbólicas y los procesos mediante los cuales la representación, el sentido y el lenguaje actúan. Los constructivistas no niegan la existencia del mundo material. Sin embargo, no es el mundo material el que porta el sentido: es el sistema de lenguaje o aquel sistema cualquiera que usemos para representar nuestros conceptos.” (10)

El sentido es algo que se construye a través del lenguaje, siendo los diversos actores sociales los que darán forma y sentido al mundo que los rodea, por medio del lenguaje. Pero esta práctica supone una precaución especial, pues la construcción de sentido también está relacionada con el poder. Hall reflexiona en torno a la teoría de Foucault sobre el discurso y su capacidad de generar conocimiento. El discurso es capaz de otorgar diversos sentidos al mundo por medio del lenguaje, es capaz de crear nuevas percepciones de la realidad, nuevas comprensiones del mundo y, a través del discurso, se construye “la verdad”. En este sentido, el discurso se convierte en una herramienta de poder, con la capacidad de alterar el modo en que se percibe la realidad, ya que:

“Define y produce los objetos de nuestro conocimiento, gobierna el modo como se puede hablar y razonar acerca un tópico. También influencia cómo las ideas son puestas en práctica y usadas para regular la conducta de los otros. Así como un discurso ‘rige’ ciertos modos de hablar sobre un tópico, definiendo un aceptable e inteligible modo de hablar, escribir, o comportarse uno, del mismo modo, por definición, ‘excluye’, limita y restringe otros modos de hablar, o conducirnos en relación con el tópico o de construir conocimiento sobre el mismo.” (27)

Es por esto que representar la violencia requiere de precauciones especiales, ya que, a través de esa representación, se le otorga un sentido capaz de alterar la percepción en torno a eventos, situaciones violentas o en torno a la violencia misma. El discurso es capaz de validar o condenar ciertas formas de violencia, por lo que es necesario comprender la posición de poder desde la cual se escribe y representa.

Pablo Campuzano en *La representación de la violencia en la reciente literatura colombiana* (1999) establece que en la literatura colombiana los intentos de representación de la violencia se centran en las voces de la marginalidad. Se adentra la

literatura en los espacios abandonados o desplazados, donde la violencia, el peligro, la enfermedad y la pobreza son una realidad imposible de ignorar.

“Las principales ciudades colombianas, justamente, han crecido, vertiginosas, desordenadas, por este movimiento descomunal de hombres en huida. Creándose así extensas periferias degradadas sobre las que una parte importante de nuestra reciente literatura se ha detenido. En principio una paradoja se establece de inmediato: lo que es afuera y suburbano se convierte, en la obra, en centro ígneo donde confluyen todas las coordenadas de la imaginación y la palabra. Y la paradoja llega hasta el punto que, en esta narrativa, la violencia marginal se vuelve una vasta representación de la realidad nacional.” (108)

Se hace un esfuerzo desde la literatura, de transportar al lector a aquellos lugares olvidados y sometidos, donde la violencia es naturalizada, para así presentar una realidad oculta, realizando una crítica al orden jerárquico establecido y a las relaciones y abusos del poder. Dentro de esta literatura, se presentan las voces de la marginalidad a través de la construcción de los personajes, su cotidianeidad y su modo de hablar. El lenguaje se carga de modismos y aspectos dialecticos específicos de las zonas a representar, y se construye el relato de tal modo que el lector pueda adentrarse a un mundo con reglas específicas, con comprensiones distintas, con el fin de humanizar a los habitantes de la marginalidad, a aquellos que individuos que se han visto desplazados, olvidados y violentados por los discursos del poder. Es un ejercicio de escritura delicado, pues puede prestarse para la superposición de la conciencia del autor letrado por sobre la voz del personaje a representar. Sin embargo, es un intento legítimo presentar las condiciones de vida de un grupo invisibilizado, sus razones y sus costumbres.

Sujeto, memoria y literatura

Para comprender al sujeto como una entidad será útil lo postulado por Jean- Luc Nancy en *¿Un sujeto?* (2014). Establece que el sujeto se manifiesta como una nebulosa en constante actualización, donde la continuidad del ser existe en un espacio a la vez sincrónico y diacrónico. Esto quiere decir que el sujeto se encuentra en constante cambio, sin que esto altere su esencia, su carácter de entidad propia en sí misma. El sujeto, en su ruta vital, toma posesión de todo aquello que no es él, de todo lo que lo rodea, por medio de su percepción, de su subjetividad, y acopla esa experiencia vital a su propia identidad:

“...el sujeto no es nada más que la infinita identidad de una precedencia que se traspone en la infinita identidad de una sucesión. Ese sujeto ya siempre ha advenido y está siempre aún por venir” (52). En síntesis, el sujeto es una identidad constante, que se apropia de su entorno y los eventos que acontecen a su existencia, los percibe desde su subjetividad, y se actualiza al acoplar estas experiencias dentro de sí.

En relación con el tratamiento de la memoria, Paul Ricoeur en *La memoria, la historia, el olvido* (2008), nos acerca a las complicaciones en torno al tema de la memoria, ya sea su legitimidad como relato de los acontecimientos, como su manipulación y abuso en torno a la historia y su comprensión ideológica. El trabajo de la memoria, el esfuerzo realizado en la reminiscencia, está directamente ligada a una voluntad de rescatar una ausencia. La memoria es en sí misma un acto de compensación ante el vacío, ante lo que ya no está presente, y la búsqueda del recuerdo supone una lucha contra el olvido, evitando el vacío y la pérdida. Existe aquello que se recuerda sin esfuerzo, aquello que llega sin que el individuo lo busque, mientras que, por otro lado, existe la reconstrucción consciente de eventos pasados y la formación de un entramado temporal determinado, una forma de memoria directamente ligada a una voluntad de búsqueda. Este aspecto resulta especialmente relevante cuando se trata de la construcción de un relato o testimonio, pues la búsqueda dentro de la memoria se vuelve un esfuerzo motivado. Existe una serie de complicaciones en torno a la legitimidad de la memoria como registro del acontecer real, pues la memoria está sujeta a una serie de subjetividades que la ponen en duda, razón por la cual se había mantenido excluida de los relatos históricos. La memoria puede ser manipulada, puede ser utilizada con fines ideológicos, puede ser imprecisa, estar obstruida por traumas. Es por esto que la memoria ha de ser tratada con cuidado.

Sergio Rojas en *Profunda superficie. Memoria de lo cotidiano en la literatura chilena* (2015) nos presenta que dentro de la reciente literatura latinoamericana existe un énfasis en los relatos de la memoria centrados, principalmente, en el relato de lo cotidiano. Por medio de estos relatos se construye una perspectiva epocal, al mismo tiempo que se trae al frente de la literatura los espacios de la memoria colectiva. Tomar aquello que ha sido dejado de lado por los conceptos tradicionales de historia y la literatura de los grandes eventos, y ponerlo al centro de la narración, para reivindicar el espacio vital en el que se desarrolla la memoria de los protagonistas de la historia. El relato del fragmento nos presenta elementos cargados de subjetividad, espacios y eventos, centrándose en la perspectiva de los individuos y su comprensión de estos elementos, pues en el relato de

lo cotidiano se encuentra un acto de memoria, y la memoria no discrimina los pequeños acontecimientos, ni hace ordenamientos jerárquicos:

“En efecto, la memoria es la elaboración que la subjetividad hace de su propia inmersión en el mundo como mundo *vivido*. Mediante el trabajo de la memoria, la subjetividad se dirige hacia el pasado, ejerciendo la *discontinuidad* como condición de posibilidad del recordar. Porque la memoria no procede siguiendo cadenas causales, describiendo procesos o seleccionando los antecedentes que permitan comprender una época, sino aprehendiendo un tiempo subjetivado en una atmósfera de inmanencia”. (236)

Por medio de la memoria de lo cotidiano y el relato de los individuos, es posible rescatar un aspecto de identidad colectiva, conectada a una época o espacio específico. La identidad unificada de un grupo de individuos solo puede ser comprendida desde la magnitud de la perspectiva de los individuos que conforman el grupo, para rescatar cosmovisiones diversas y comprender una dimensión de la historia oculta a simple vista. Así, una exploración de las realidades subjetivas por medio de la memoria de los pequeños eventos, paradójicamente nos abre una ventana a un espacio vital más amplio que la subjetividad única, pues el relato de la memoria nos otorga diversos fragmentos, a través de los cuales podemos comenzar a reconstruir espacios y costumbres, percepciones y perspectivas de eventos específicos:

“Considerado desde una perspectiva fenomenológica, el tiempo de lo cotidiano describe el *entorno* del sujeto que recuerda, pero nunca es posible considerar ese tiempo como deviniendo u organizándose estructuralmente a partir del individuo que en su recuerdo lo trae al presente. Porque lo que recuerda es precisamente el hecho de que existía en un mundo que no se desplegaba desde él; simplemente él estaba *ahí*, cuando ciertas cosas sucedieron”. (250)

Representar los relatos desde la memoria fragmentada es un modo de presentar las perspectivas de lo olvidado, rescatando el relato de las vivencias ignoradas por la literatura de los grandes acontecimientos, o los relatos de los grandes protagonistas de la historia. Esta perspectiva desde el individuo que comprende al mundo desde una subjetividad palpable, es capaz de presentarnos el modo en que el entorno afecta a los individuos y su comprensión de mundo, construyendo realidades a través de la mirada y las vidas de sus actores.

Una dimensión distinta dentro del ámbito de la memoria, es el tratamiento y comprensión del cuerpo. David Le Breton en *Cuerpo Sensible* (2010) describe al cuerpo como el espacio en que el individuo y el entorno se unen, donde la percepción transforma y moldea a los seres. El cuerpo se ve atravesado por el entorno, al mismo tiempo que modifica al entorno en una relación simbiótica simultánea. El cuerpo es el punto manifiesto de la percepción del mundo, donde los sentidos conectan al individuo con su entorno, donde la percepción adquiere forma:

“El hombre ve, escucha, siente, gusta, toca, prueba la temperatura ambiente, percibe el rumor interior de su cuerpo, y al hacerlo hace del mundo la medida de su experiencia, lo hace comunicable a los otros, sumergidos como él en el seno del mismo sistema de referencias sociales y culturales. La percepción es acontecimiento de sentido”. (51)

La percepción es el mecanismo a través del cual el individuo comprende su entorno, se manifiesta en su entorno, se posiciona y desplaza, creando también, una su percepción propia, su comprensión de sí mismo, su identidad. Al ser el punto de contacto con el todo, el cuerpo aprende y se modifica, ya sea con relación a lo físico o lo social. Por medio de su percepción, de sus sentidos y su mente, el individuo aprende a comprender, a analizar y visualizar lo que lo rodea, su espacio físico, su cultura, su lugar dentro del esquema social. Y el cuerpo registra el proceso, pues cambia a cada paso, envejece, se llena de marcas, se altera, se adapta, y es por esto que el cuerpo es “memoria viva”.

Sobre la enfermedad y la repugnancia

En otra arista de la representación que resulta útil para este análisis, tenemos lo escrito por Susan Sontag en *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas* (1977), donde se explora la significación cultural que las sociedades han dado a diversas enfermedades a lo largo de la historia. El cuerpo como entidad creadora y atravesada por diversos sentidos, recibe diversas significaciones de acuerdo al contexto. Dentro de esta obra, se analizan diversas enfermedades, algunas potencialmente letales, otras definitivamente letales, y se hace un recorrido en relación al modo en que son comprendidas a lo largo de la historia. Estas enfermedades han recibido diversas representaciones a lo largo de los siglos, a veces siendo ligadas a emociones, otras veces

ligadas a conductas. La enfermedad terminal podía ser comprendida como la muerte misma, cargándola de todos aquellos simbolismos que la muerte conlleva. Otras veces la enfermedad era relacionada con aspectos morales, siendo ligada a la culpa o al castigo, muchas veces considerado como intervención divina o de fuerzas superiores. Por ejemplo, el cuerpo enfermo podía morir en una extraña forma de belleza, si era tuberculosis, o deteriorarse lentamente, en el caso del cáncer, y a pesar de que ambas enfermedades provocaban la muerte, ambas eran comprendidas de maneras distintas. La percepción de la tuberculosis estaba ligada a ámbitos sociales, siendo ligada a zonas marginales, mientras que el cáncer proliferó en zonas de clase media. Con el tiempo, los tratamientos para la tuberculosis avanzaron, y algunas de las características asociadas a esta enfermedad, fueron traspasadas al cáncer. El cáncer se convirtió en la máxima metáfora de la muerte lenta, insidiosa e inescapable, del mismo modo, su comprensión tanto médica como simbólica se vio modificada constantemente, llenándola de complejos entramados culturales. La comprensión clínica del cáncer se vio plagada de metáforas militares, que trataban de representar los mecanismos con los que el cáncer se manifiesta, ya sea la noción de “invasión” o su expansión a modo de “conquista”. Por otro lado, discursos ideológicos comenzaron a utilizar al cáncer como metáfora patológica, utilizando a la enfermedad como representación de un mal que debía ser extirpado.

Otras enfermedades se vieron ligadas a otros aspectos sociales, ya sea la lujuria, el alcoholismo o la gula, existe todo un panteón de metáforas patológicas en torno a la moral. En este sentido, la enfermedad podía ser un arma ideológica poderosa en torno a la segregación de los individuos, pues existe una dimensión de contagio y precaución que se encuentra ligada a toda enfermedad independiente de su naturaleza, o su funcionamiento. Ante la enfermedad existen diversas sentencias relacionadas con la culpa, cosa que aplica incluso a enfermedades en las que la acción del enfermo no influye. Es por esto que el enfermo, independiente de su enfermedad, puede ser desplazado socialmente, y ligado a diversos juicios morales según sea la mitología ligada a su enfermedad específica:

“Basta ver una enfermedad cualquiera como un misterio, y temerla intensamente, para que se vuelva moralmente, si no literalmente, contagiosa. Así, sorprende el número de enfermos de cáncer cuyos amigos y parientes los evitan, y cuyas familias les aplican medidas de descontaminación, como si el cáncer, al igual que la tuberculosis, fuera una enfermedad infecciosa. El contacto con quien sufre una

enfermedad supuestamente misteriosa tiene inevitablemente algo de infracción; o peor, algo de violación de un tabú. Los nombres mismos de estas enfermedades tienen algo así como un poder mágico”. (8)

Las enfermedades portan cargas simbólicas muchas veces ligadas al misterio, a la impredecibilidad y a la culpa. El individuo, una vez diagnosticado, verá la identidad de la enfermedad, con toda la mitología que conlleva, yuxtapuesta a su propia identidad de individuo, haciendo que el enfermo cargue con todo el bagaje cultural relacionado con la enfermedad. En la medida que se desconoce los mecanismos de una enfermedad, más se extiende la mistificación de la misma, y más elementos de misterio se suman a la enfermedad. Esto ha ocurrido a lo largo de la historia con todas las enfermedades connotadas o de síntomas fácilmente visibles, incluso en tiempos modernos. Y mientras más se desconoce la enfermedad, mientras más misterio, moral y mística posea, más se temerá al contagio, potenciando las armas discursivas de la segregación.

En relación con lo anterior, tomaremos lo expuesto por Sara Ahmed en *La política cultural de las emociones* (2015) en torno a la performatividad de la repugnancia. La repugnancia es definida como un sentimiento de repulsión, de expulsión y, al mismo tiempo, de distanciamiento en relación al objeto catalogado como “repugnante”. El individuo que se enfrenta a la repugnancia, siendo un violento malestar, una suerte de asco en relación a lo repugnante, pero Sara Ahmed explica que la condición de “repugnancia”, no es intrínseca a los objetos. Las cosas, los individuos o las acciones no son repugnantes *per se*, sino que la repugnancia es un valor que se les otorga de manera externa, basado y validado en una narrativa anterior al objeto mismo. Aquellos elementos considerados como repugnantes, solo son considerados como tal en la medida que un discurso los tacha como tal, en una práctica performativa de la abyección. En otras palabras, existe un discurso anterior al objeto, que tacha a ciertas cosas, conductas o características como repugnantes, y es en el momento en que el individuo entra en contacto con estos “elementos repugnantes”, que el objeto se vuelve limítrofe, se vuelve repugnante por un acto de abyección:

“De modo que el sujeto siente que un objeto es repugnante (una percepción que se apoya en una historia anterior al encuentro) y entonces expulsa al objeto y, al expulsar al objeto, lo encuentra repugnante. *La expulsión misma se vuelve la “verdad” de la lectura del objeto*”. (140)

Al mismo tiempo, la repugnancia está ligada a una serie de acciones que se suman a su performativa, siendo estas, principalmente, acciones relacionadas con la expulsión y distanciamiento. En la performativa de la repugnancia, el objeto se ve tachado, y recibirá todo aquello que el título de “repugnante” conlleva.

Otra dimensión que la autora explora en torno a la repugnancia es la “pegajosidad”, que hace referencia a cómo el objeto repugnante posee la capacidad de adherirse a otros objetos. Entrar en contacto directo con lo repugnante, transmite las distintas significaciones de la repugnancia a lo demás, siendo la repugnancia una cualidad “contagiosa”:

“Cuando el cuerpo de otra persona se convierte en objeto de repugnancia, entonces el cuerpo *se vuelve pegajoso*... Así es como los cuerpos se vuelven objetos fetiches; como veremos, los sentimientos de repugnancia se pegan más a unos cuerpos que a otros, de tal modo que se vuelven repugnantes, como si fuera su presencia lo que “nos enferma””. (148)

De este modo es posible ligar la cualidad de la repugnancia con los discursos de segregación social, pues comparten la performativa de la abyección y el mito del contagio. Los individuos reciben la condición de repugnancia, a partir de códigos o discursos culturales anteriores a ellos mismos, y son expulsados por ello, discriminados por condiciones que no pueden controlar, factores externos a ellos mismos. Esto se relaciona con la lógica de la enfermedad, donde el individuo es tratado como entidad contagiosa por el solo hecho de estar enfermo, independiente de las características de su enfermedad. Siguiendo esta misma línea de pensamiento, ¿qué ocurre si la enfermedad o la característica repugnante es una característica social? Comprender a la pobreza, la homosexualidad o las diferencias físicas, como enfermedades, conlleva a que los individuos traten a estas características como contagiosas o repugnantes, expulsando a aquellos que las poseen, discriminando o aniquilando. En este sentido, los individuos cargarán con todo el peso de una condena basada en discursos anteriores, que se superponen a su carácter de individuos, siendo castigados o exiliados por el crimen de existir en un marco cultural que los percibe como “repugnantes”.

Capítulo 1: Violencia Insidiosa

La enfermedad terminal se instala desde lo oculto, invadiendo el cuerpo desde el espacio de lo insospechado, expandiéndose sin que la víctima sea consciente de ello. Existe una dimensión de misterio en torno al origen de la enfermedad, el momento preciso en el que se introduce. El contagio es una posibilidad latente, presente en gran parte de las interacciones sociales, del mismo modo que ser portador de una enfermedad no identificada es una duda siempre factible. Este desconocimiento de los mecanismos que la enfermedad posee para introducirse en el cuerpo, este misterio, ha alimentado los miedos y las imaginaciones de la humanidad a lo largo de su historia. El miedo al misterio de la enfermedad es el punto de origen de la mitología que gira en torno al contagio y sus causas. Pero la constante se mantiene: el portador de la enfermedad terminal, no se percata de su condición hasta que los síntomas se hacen visibles, y aún con el conocimiento de una enfermedad, requerirá de un esfuerzo extra para examinarse y determinar con certeza cuál es la enfermedad que afecta a su cuerpo.

De un modo similar la violencia sistémica se introduce dentro de la vida de los individuos. Los sistemas simbólicos de conocimiento y control, los ordenamientos jerárquicos de poder y comprensión del mundo, se manifiestan de formas que los individuos no pueden notar a simple vista, pues los estos sistemas se instalan a través de mecanismos que invisibilizan su presencia. El poder simbólico se ejerce de tal manera que los sometidos a su orden, no saben ni desean saber que están siendo sometidos: "...el poder simbólico es, en efecto, ese poder invisible que no puede ejercerse sino con la complicidad de los que no quieren saber que lo sufren o incluso que lo ejercen" (Bourdieu 66). Esto se debe a que el poder simbólico se instala de tal modo que altera la cosmovisión de los individuos sometidos, por medio de mecanismos denominados "sistemas simbólicos", que estructuran el conocimiento y manejan los conceptos de verdad. Sistemas como el arte, las ciencias, la religión y el lenguaje, forman el modo en que los individuos perciben e interactúan con su entorno, de tal manera que percatarse de su sometimiento requiere del esfuerzo de cuestionar las bases con las cuales comprende al mundo, cuestionar sus propias creencias. Se denomina "violencia simbólica" a esta forma de control que establece un orden jerárquico fijo, una ideología o una verdad determinada, que se mantiene gracias a la complicidad de los sometidos, que reproducen esta violencia y perpetúan el orden jerárquico y las relaciones de poder. Es gracias a este carácter

insidioso y oculto, que los sistemas políticos, económicos e ideológicos pueden ejercer “violencia objetiva” sobre las comunidades, pues el acto violento carece de rostro, carece de una subjetividad identificable a la cual hacer frente: “...esta violencia ya no es atribuible a los individuos concretos y a sus <<malvadas>> intenciones, sino que es puramente <<objetiva>>, sistémica y anónima” (Žižek 23). En resumen, los individuos reciben sus formas de comprender el mundo por medio de sistemas simbólicos de conocimiento, que condicionan sus actos convirtiéndolos en cómplices de la violencia sistémica, ya sea por acción o inacción, del mismo modo en que una enfermedad se introduce sin que la víctima lo note, y el contagio ocurre dentro de este contexto de ignorancia o inacción preventiva.

Con la intención de poner en escena a este aspecto concreto de la violencia, este carácter de insidia y secreto, que se introduce y normaliza dentro de la comprensión de mundo de los individuos, el autor lo integra dentro de la forma de su relato, presentando la violencia insidiosa a través de dos mecanismos: la perspectiva única desde la marginalidad y el relato de la memoria.

1.1-Una perspectiva única desde la marginalidad

La novela *Nancy* se presenta ante el lector como un relato de vida retrospectivo, en el que la protagonista, Nancy Cortés, narra su vida en primera persona singular. La perspectiva de la protagonista, que se mantiene como única ventana al mundo narrado a lo largo de toda la novela, nos muestra el modo en que ella percibe los eventos de la trama. Gracias a este mecanismo, observamos la realidad de Nancy a través de sus ojos, explorando su comprensión del entorno y la sociedad en la que está inserta, una realidad que resulta estar marcada por la violencia. El espacio habitado por la protagonista es un entorno marginal, una comunidad denominada como Ch, en el norte de Chile, zona marcada por el abandono de las autoridades, los problemas intrínsecos de sistemas económicos insustentables y una serie de costumbres y prejuicios, inculcados y perpetuados desde tiempos pasados. Esto instala a la novela en la corriente latinoamericana descrita por Pablo Montoya (1999), donde la violencia sistémica inserta en las realidades nacionales, son representadas por medio del relato de espacios marginales. Marginalidad comprendida como espacio de abandono y desplazamiento, de invisibilidad, violencia y discriminación: “Flujos migratorios que reflejan una forma de

la marginalidad, definida esta última por la singular condición del ser desterrado dentro de la propia tierra, esa otra forma de exilio” (108). Incluso si *Nancy* no hace relación a un proceso migratorio que construye el espacio marginal, si hace referencia al exilio dentro del propio territorio, evidenciado por la ausencia de protección social, autoridades, periferias deterioradas y condenadas a muerte por instituciones que decidieron invisibilizarlas.

Un aspecto formal que cabe destacar, es otro elemento destacado por Montoya en torno a los relatos de la marginalidad: la representación del habla. Existe un cuidado especial en el tratamiento de los dialectos y modismos relacionados con la marginalidad. El lenguaje mismo es capaz de cargar con las cosmovisiones determinadas de una comunidad, por lo que resulta de suma importancia saber representarlas con precaución y respeto. A lo largo de *Nancy*, podemos notar este cuidado por el uso de modismos y referencias al habla popular, al mismo tiempo que las constantes referencias a localidades, instituciones y elementos cotidianos de la vida chilena, posicionan al relato en la especificidad nacional. De este modo se nos da a entender que la marginalidad presentada en la obra, es reflejo de la violencia sistémica presente en la sociedad chilena contemporánea.

Creer dentro de la comunidad específica a la que pertenece la protagonista, implica estar expuesta a sus “sistemas simbólicos”, a sus modos particulares de organizar y comprender la realidad, y Nancy en su calidad de sujeto, acoplará estos mecanismos de organización social a su propia comprensión de mundo, en un “proceso infinito de auto-constitución” (Nancy 51). Con cada nuevo evento y estímulo, la joven protagonista irá modificando su cosmovisión, adaptándose al entorno en un constante proceso de aprendizaje y asimilación. En este sentido, la joven, inserta en la marginalidad, aprende a aceptar la violencia intrínseca en su sociedad, naturalizando sus excesos, aceptando la discriminación, los prejuicios, la culpa y el abandono, como inevitabilidades intrínsecas al ser en sociedad. En otras palabras, los sistemas de poder simbólicos, como el patriarcado, la economía o la religión, se introducen de manera insidiosa en la cosmovisión de la joven, como una enfermedad que la consumirá desde adentro, acoplándose a cada rincón.

Nancy aprende a aceptar la violencia en su vida desde sus primeros años, siendo víctima constante de abusos psicológicos y físicos. Aprende sobre la culpa y su rol de género, aprende a temer y a responder al prejuicio, aprende que el sufrimiento es parte

del día a día, y que se ha de llevar muy adentro, en silencio, sin rechistar, para no recibir más castigo. El lector se vuelve testigo de esta naturalización y aceptación de la violencia, que se manifiesta solo a través de la ausencia de resistencia, pues a lo largo del relato, la joven recordará un sinnúmero de sucesos violentos, como si estos fueran parte innegable e incuestionable de la vida. Por ejemplo, los arranques violentos de la madre de Nancy son una constante en su infancia temprana. Es la madre quien inculca una serie de miedos y prejuicios en su hija, y la violencia física y verbal dentro del hogar se vuelve una constante tan marcada, que la joven aprende a predecirla y aceptarla en silencio:

“X X Al otro día, durante la mañana, tenía que fregar el colchón en el patio mientras mamá pelaba habas y fumaba, descargando todas sus frustraciones conmigo. Luego tenía que acompañar a mi papá a la feria en completo silencio, con la guata quemada de vergüenza X X X

X La calma se mantenía, generalmente, hasta después de almuerzo: fuese como fuese, por cualquier cosa, algo se quebraba entre nosotros...” (Lloret 34)

Este tipo de eventos componen la vida diaria de la joven protagonista, y ante este tipo de violencia recalcitrante y reiterada, ¿qué puede hacer una pequeña niña, más que adaptarse? Es por instancias como estas que Nancy aprende a esperar la violencia, a contemplarla como algo que llegará eventualmente, y a responder agachando la cabeza y siguiendo adelante, en completo silencio. En la novela se nos presentarán de manera constante, instancias en las que la violencia en el ámbito privado queda implícita, y cómo esta violencia muestra sus indicios en el espacio público, manifestándose en la segregación y en la vulnerabilidad de los habitantes de la comunidad de Nancy. La violencia está instalada en lo más profundo de su sociedad, desde los hogares, hasta las vidas en comunidad. De este modo, notamos cómo a lo largo de su vida, independiente de lo que esté pasando por su mente, la protagonista guardará sus sentimientos adentro de sí, guardando el sufrimiento, como un veneno que más adelante, acabará por consumir su vida. La enfermedad de la violencia ya está siendo instalada en la cosmovisión de la joven, al mismo tiempo que se le enseña a no cuestionarla, pues la violencia no tiene necesidad de razones concretas, puede ser fortuita e implacable.

Otra manifestación de violencia que la joven protagonista normaliza completamente es la violencia de género. La joven aprende a adentrarse en su rol designado por el orden patriarcal, siendo ama de casa cuando su madre la abandona:

“Desde que la mamá se fue tuve que mantener la casa limpia yo solita, porque papá santo seguía sin saber cocinar o limpiar un baño con cloro” (58). Nancy se somete a este aspecto de su rol de género durante el resto de la novela, pues su padre jamás aprende a mantenerse por sí solo. Incluso luego de que el padre de la joven queda desempleado, nunca hace un esfuerzo por ser un aporte dentro del hogar, y esa responsabilidad cae en Nancy, que debe equilibrar sus estudios, sus sentimientos y su estado de joven marginada, sin apoyo, ni siquiera emocional. Y como ocurre con el resto de las manifestaciones de violencia en la novela, la joven lo aceptará en silencio, pues así es como funciona su sociedad.

La violencia de género y el orden patriarcal se mantienen a través de diversos mecanismos de poder simbólico, es decir, sistemas que se vuelven más efectivos en la medida que pasan desapercibidos, en la medida en que son naturalizados.

“La violencia moral es el más eficiente de los mecanismos de control social y de reproducción de desigualdades. La coacción de orden psicológico se constituye en el horizonte constante de las escenas cotidianas de sociabilidad y es la principal forma de control y de opresión social en todos los casos de dominación”. (Segato 114)

En este sentido, cuidar de su padre y convertirse en ama de casa, sentir vergüenza por su cuerpo y su despertar sexual, ser utilizada constantemente como objeto de deseo desde temprana edad, ser ignorada en necesidades físicas y emocionales, y ser condenada a la culpa y la marginación social, son todas condiciones intrínsecas de su rol de género, legitimadas bajo discursos morales a los que la joven se ve expuesta a lo largo de toda su vida. Esta dimensión de la naturalización de la violencia de género, podemos observarla con claridad en la relación que Nancy tiene con el gitano Jesulé.

Se infiere que Jesulé es mucho mayor que Nancy, sin embargo, el hombre la ha tenido en la mira desde que la vio siendo ella una niña de catorce años, recién descubriendo su sexualidad. Desde ese momento, Jesulé se vuelve la figura de deseo de Nancy, pero es importante notar que ese deseo se basa en una exaltación de los procesos y afectos de la sexualidad inculcados dentro de una sociedad patriarcal, siendo las fantasías de la joven una representación de una escena de violación. Esta fantasía acabará en desilusión cuando la joven se enfrente a aquella forma de sexualidad utilitaria, basada en los principios de masculinidad tóxica que representa Jesulé: “Nunca tuve mayor placer

en mi vida que durante esos sueños X Incluso después, cuando perdí la virginidad con el mismo Jesulé y me enfrenté al sexo real” (42). A pesar de este proceso de desilusión, podemos notar que aquellos sueños que la joven tenía durante su despertar sexual, son una representación del modo en que viviría su sexualidad a futuro, incluso dentro de su relación con su esposo Tim, por lo que podemos notar otra instancia en que la formación de la joven protagonista, repercute en su realidad futura.

La relación que Nancy lleva el gitano será siempre utilitaria, en el sentido de que la curiosidad sexual de la joven, la lleva a desear a este hombre mayor, mientras que desde la perspectiva de Jesulé, Nancy solo representaba una niña vulnerable de la cual aprovecharse, pero en un inicio la protagonista no lo nota. Incluso luego de enfrentarse a la desilusión del sexo utilitario, la joven seguirá encontrando un placer oculto en el simple acto de transgresión de lo establecido, como un acto de rebeldía contra la condena permanente de la madre y la religión en torno a su sexualidad. Desde la perspectiva de Nancy, ella está ejerciendo su voluntad por primera vez, sin percatarse que está siendo víctima de pedofilia, en una relación de poder grotescamente asimétrica.

Algo similar ocurre en el episodio en que Nancy viaja a la playa junto con un grupo de niñas de su comunidad, con la promesa de recibir un pago de parte de un grupo de extranjeros adinerados. Desde la perspectiva de la niña, abandonada y sin recursos, el trabajo parece un modo sencillo de conseguir dinero y, a pesar de percatarse de lo inusual de la situación, el solo hecho de representar una fuente de ingresos que no se relaciona con la violencia física y psicológica a la que estaba acostumbrada, hacen de este un recuerdo positivo dentro de la memoria de la joven. Perspectiva que solo cambiará cuando es adulta y comprende que ella y el resto de las niñas de su comunidad, estaban siendo sexualizadas y utilizadas por un grupo de hombres mayores, que las manipulaban con dinero, drogas y alcohol. Cuando a la Nancy adulta se le revela los detalles de este círculo de prostitución infantil, es cuando la protagonista se percatada de las dimensiones de violencia a las que estuvo expuesta, ella y el resto de las niñas: “X X Esto me lo contó Tim y fue horrible: horrible porque nunca me enteré, horrible porque una de las niñas se suicidó a los pocos años, horrible porque nadie, incluyendo mi gringo, hizo nada” (81). En este sentido, se nos muestra una cruda realidad, donde los actos de violencia extrema son respondidos con inacción, o son invisibilizados a plena vista.

La crítica que Lloret realiza a la sociedad chilena contemporánea se ve potenciada por el modo en que se narra la novela. Al introducir al lector en la perspectiva de Nancy, se genera un proceso de distanciamiento con la experiencia vital de la joven, al mismo tiempo que se produce un proceso de acercamiento en relación al personaje mismo. Básicamente nos proyectamos en Nancy y el abismo entre experiencias vitales, entre los mundos de lector y personaje, hacen que el impacto de la crítica sea mucho más potente (y sería aún más potente si efectivamente se comparte experiencias vitales con la joven, pues seríamos conscientes de la magnitud de los sucesos a nivel personal). Nancy está introducida un sistema creado y mantenido por estructuras sociales fuera del control de sus integrantes. Presenciar el mundo a través de sus ojos, es un mecanismo capaz de hacernos dimensionar el grado de violencia experimentado por la protagonista y su comunidad diariamente, al mismo tiempo que se nos muestra cómo toda esta violencia simbólica y subjetiva, es naturalizada y acoplada a la dinámica social de manera orgánica, casi predecible, pero invisible para los miembros de la comunidad. Ellos son conscientes de que existe violencia en su sociedad, son conscientes de que ejercen violencia, pero la ejercen desde la legitimación de los sistemas simbólicos de conocimiento y poder, por lo que lo perciben como una extensión más del existir en sociedad, del mismo modo que el portador de una enfermedad naturaliza los síntomas, y termina acostumbrándose al padecimiento y las complicaciones.

1.2-El relato de la memoria

El fenómeno de la memoria es complejo y posee una amplia gama de dimensiones, pero en su forma más básica, podemos comprenderlo como una respuesta, una lucha contra la ausencia, pues se manifiesta en torno a la recuperación a aquello que ya no está presente. La memoria puede presentarse como una evocación fortuita, como un fragmento de la existencia que sale a flote de entre las lagunas de la mente. Pero también existe la memoria como búsqueda, como *pathos*, donde el individuo hará un esfuerzo consciente de buscar en su propio pasado, para rescatarlo del olvido y traerlo al presente. Esta forma de memoria es la que podemos encontrar en *Nancy*, donde la protagonista, postrada en su dormitorio, sin la capacidad de proyectar su existencia más allá de la inevitabilidad de la muerte, se dedica a hurgar en su propio pasado, para relatar los acontecimientos que la llevaron a ese estado final. En palabras de Paul Ricoeur (2006): “La búsqueda del

recuerdo muestra efectivamente una de las finalidades principales del acto de memoria: luchar contra el olvido, arrancar algunas migajas de recuerdo a la “rapacidad” del tiempo, a la “sepultura” en el olvido” (50). En ese sentido, la protagonista, en una etapa de su vida en la que carece de futuro, y cuyo presente se ve nublado por la morfina, no tendrá más alternativa que la de explorar los confines de su propia mente, quizás en busca de respuestas, quizás solo como recurso para soportar sus últimas horas.

En este sentido la novela se posiciona dentro de las recientes tendencias en la literatura latinoamericana, que Sergio Rojas (2015) señala como un vuelco hacia la cotidianidad fragmentaria en la memoria. Los individuos dentro de estos relatos, reconstruirán sus propios pasados, explorando sus quehaceres cotidianos, sus rutinas y sus experiencias, sin hacer detrimento de los pequeños sucesos. Es por esto que esta exploración se presenta de forma fragmentaria, pues la memoria no hace un acto discriminatorio consciente en torno a los “grandes sucesos”, sino que explora la subjetividad de un individuo que no se percibió a sí mismo como protagonista. En este sentido, el proceso de memoria de lo cotidiano, se presentará como una forma de “habitar el olvido”:

“El olvido es esa memoria empastada de densa cotidianeidad, de la que el sujeto no podría extraer el significado de una época, sino por el contrario: la incompreensión que es propia de quien ha vivido un tiempo sin pensarse como “protagonista”, esa cotidianeidad en la que el sujeto que recuerda no podría identificarse como el personaje central”. (Rojas 250)

En *Nancy* observamos un proceso de memoria profundamente fragmentario, donde la protagonista se trasladará a través de diversos puntos de su memoria, entre saltos temporales que emulan claramente el proceso de memoria. Nancy, al no considerarse a sí misma como la protagonista de grandes eventos históricos, se dedicará a rememorar los diversos eventos de su cotidianeidad, desde su infancia temprana hasta su adultez, sin discriminar entre rutina y eventos trascendentales, pues en la vida del individuo y su formación, la rutina es definitivamente trascendental. Podemos ver esto claramente en los primeros recuerdos de infancia que se nos presentan:

“Los martes o miércoles porque eran los días en que acompañaba a mi papá a la Gallineta, en donde sólo era cosa de sentarme en la barra, saludar y esperar a que

dejaran frente a ti el completo más lindo del mundo, el completo más completo, y una Coca-cola de medio litro”. (Lloret 35)

Este tipo de recuerdos son profundamente cotidianos, ya sea por su aspecto rutinario, ya sea por lo simplemente mundano de la experiencia de salir a comer junto con el padre. Pero lo que hace que el momento se muestre de una manera tan genuina, es el hecho de que este es el tipo de recuerdos que se conservan en una memoria subjetiva, en una memoria que no busca la presencia de acontecimientos mayores. Es un recuerdo conservado simple y llanamente, por el hecho de ser una instancia de felicidad pura e inocente, un recuerdo de infancia. En este sentido, el aspecto de la memoria está cuidadosamente trabajado dentro del relato, pues la infancia de la protagonista está fuertemente marcada por el miedo y la violencia, por lo que instancias como la anteriormente citada, ganan su trascendencia dentro de la memoria de la protagonista a fuerza de contraste. Los martes o los miércoles podían ser felices, mientras que el resto de la semana eran de agresión física y maltrato psicológico. Esto se relaciona con un aspecto particular del proceso de memoria, y es que, a pesar de que no es un proceso discriminatorio entre las magnitudes de los sucesos, si posee un carácter selectivo, en relación a la importancia que el individuo otorgue al recuerdo en particular. Es por esto que la novela está plagada de recuerdos negativos e instancias violentas, pues son los sucesos que dejaron un impacto, una huella permanente dentro de la mente de la protagonista. Este es uno de los aspectos de la memoria que podemos relacionar con la insidia de la violencia, pues los recuerdos de Nancy están invadidos por la violencia desde todos los ángulos posibles.

Si consideramos que los recuerdos de la protagonista se presentan desde un punto en su vida, en que toda esperanza está perdida, dejándola sin nada más que perder, podemos observar también cómo la violencia ha consumido gran parte de sus recuerdos, al mismo tiempo que el trauma ha modificado su percepción de los hechos. En una muestra de lo que Ricoeur denomina “memoria impedida” (96), que posee una dimensión patológica relacionada con la melancolía y el duelo, en torno a la teoría de Sigmund Freud. Ante la pérdida de un objeto desconocido por el propio individuo, una emoción, un sentimiento, la memoria se ve modificada para dar lugar al proceso de duelo. Se plantea, según la teoría freudiana, que el individuo, en el espacio de su memoria, puede llegar al suplicio del objeto que produce la melancolía. En el caso de Nancy, esto es especialmente visible en relación a su madre y a su hermano.

Si analizamos los recuerdos que se nos presentan en torno a la madre de la protagonista, podemos notar que no existe ninguna connotación positiva. Se plantea que la madre era capaz de explotar en ataques de ira y violencia física, sin previo aviso, de manera predecible únicamente por su reiteración. Es especialmente significativo que el primer recuerdo que se nos presenta, cuando la protagonista habla de su infancia más temprana, sea en relación a la violencia ejercida por la madre: “Cuando era niña mi mamá amenazaba con vendernos a los gitanos. Nos apuntaba con un dedo, a mí y al Pato, y decía que solo traíamos desgracias a la casa y gastos innecesarios” (29). El personaje de la madre se compone como un monstruo, tanto por el cumulo de recuerdos negativos como por lo que vendría después. Resulta que la madre de Nancy le inculcó el trauma de la culpa, en el sentido de que, independiente de que hiciera, la madre la condenaría por ello, y no hay instancia dentro de la novela en que exista una aprobación hacia la protagonista por parte de su madre. Resulta que, eventualmente, la madre abandona a la familia, dejando a Nancy sin ningún recuerdo que redima la imagen negativa de su progenitora. En ese sentido, el proceso de duelo que construye a la madre como un cumulo inagotable de violencia y negatividad, puede tener relación con la melancolía relacionada a la aprobación y el afecto materno que Nancy parece nunca haber recibido.

En un claro contraste con la imagen de la madre, podemos ver cómo se construye el recuerdo del hermano Patricio. Su imagen es realizada por los recuerdos de la infancia temprana de la protagonista, pues es la única entidad que demuestra abiertamente el afecto que siente por Nancy. Al mismo tiempo, el hermano de la joven es la primera y única línea de defensa emocional que posee, contra el calvario de su hogar. Con la desaparición de Patricio, la protagonista sentirá un vacío imposible de llenar, pues el hermano representará la imagen del hombre ideal. Ante esta melancolía, el proceso de duelo tendrá relación con la construcción de la “traición”, en el sentido de que llega el punto en que Nancy culpa a su hermano por haberla abandonado, y eventualmente desaparecido, para no ser encontrado jamás. La diferencia entre el proceso de duelo en torno a la madre y al hermano, está en que Nancy si logra reconciliarse con el recuerdo de su hermano, cosa que queda evidenciada cuando la protagonista, ya adulta, reflexiona en torno a las condiciones que llevaron a su hermano a sucumbir ante la violencia y desaparecer:

“X El Pato era simplemente el mejor hombre del mundo, sobre todo durante ese tiempo que estuvo con la Sandra. Parecía que juntos brillaban aún más. Me

imagino, postrada en esta cama, cómo habrían sido sus vidas en otra parte, si hubiesen tenido algo más de suerte, y me da mucha pena **X X X**

X X X Pero la pena no alcanza”. (36)

Llega eventualmente un punto en que Nancy comprende que su hermano, también fue una víctima silenciosa de la violencia, y al llegar el momento de enfrentarse al mundo y sucumbir ante los embates de la sociedad y la economía, decide adentrarse en la peligrosidad del narcotráfico, y acaba muriendo por ello. Eventualmente la protagonista logra reconciliarse con el vacío presente en la imagen del hermano, reconciliándose con su propia melancolía.

De esta manera podemos ver cómo la violencia, como el cáncer, también carcome el cuerpo de la memoria, modificando la percepción de los individuos en torno a sus propios recuerdos, sin que estos se den cuenta. Dentro de ese proceso de duelo ante el trauma, algunos eventos y personas son realzados, mientras que otros son teñidos por la negatividad.

El recurso de las X, un recurso equívoco

Otro mecanismo notorio de este tratamiento de la memoria es el uso de recursos tipográficos como las “X”, o imágenes que se muestran a lo largo de toda la novela. En particular las equis poseen una amplia gama de posibles interpretaciones y funciones dentro del relato, manifestándose en diversos momentos, a veces siguiendo una tendencia, otras sin motivo aparente, pero son un elemento tan prominente dentro de la novela que aventurar una interpretación se vuelve imperativo para la experiencia de lectura. Por ejemplo, una crítica de la novela realizada por Tal Pinto para The Clinic titulada “Nancy no se rinde” nos presenta una interpretación de al respecto:

“La novela está tapizada por equis, o cruces, que pertenecen firmemente a la tradición parriana, en la que la búsqueda metafísica o religiosa de una verdad última es rechazada con una bofetada. Hacia el final del relato, esas equis toman la forma de lo que parece ser un reloj de arena, con lo cual el símbolo de la vida como tragedia adquiere otros visos, precisamente porque ya no es divina ni metafísica, sino contingente y material, y ya no nos queda sino el individuo, o el sujeto, o algo incluso menor, sometido a las estrictas reglas de una sociedad desigual, a ratos

monstruosa, cuyo mejor modo de vida es armado de la ironía, o bien, del amor”.
(Párr. 4)

Esta interpretación posiciona al recurso de las equis dentro de un espacio de significación, principalmente de ausencia en la búsqueda de una verdad trascendental, que acaba en desilusión trágica al encontrarse con las limitaciones intrínsecas del sujeto, haciendo alusión a la obra de Nicanor Parra tanto por el uso de elementos gráficos, como en la puesta en escena de los elementos monstruosos de la sociedad por medio de la ironía y la crítica punzante.

La ausencia es una de las funciones principales de las equis dentro de la novela, presentándose en instancias en que nuestra protagonista se enfrenta al vacío dejado por la muerte inminente, la pérdida de algún ser querido, o el encuentro con sentimientos de abandono, tristeza o desesperación:

“X El silencio de todos, a la larga, es peor que estar muriéndose X quizás peor incluso que la esperanza X

X

X”. (Lloret 25)

Las equis son capases de presentar esos espacios de vacío y anulación de manera visual, realizando el efecto de aquellos momentos en que Nancy se enfrenta a las reflexiones que bombardean su mente, sintiendo el abandono y la desolación. Pero las equis también cumplen una función más práctica en torno a la presentación del relato, pues la función más prominente y constante que poseen a lo largo de la obra, es la de regular la velocidad de lectura, cumpliendo tanto el efecto del punto aparte, como el de una coma. Su presencia fuerza al lector a establecer un espacio de vacío en la narración, un momento de silencio entre las voces que habitan la novela, convirtiéndose en una representación gráfica del proceso de memoria. Las equis en este sentido también pueden ser interpretadas como un intento de emular aquellas “lagunas mentales” donde los recuerdos se vuelven difusos. En torno a esto, se puede realizar una analogía curiosa entre el cáncer consumiendo al cuerpo, y el vacío consumiendo la memoria.

Las equis son entonces un apoyo fundamental dentro de la construcción de este relato de la memoria, con sus vacíos, sus pausas y sus elementos audiovisuales, pero la novela también utiliza otros elementos visuales para representar la memoria de Nancy.

En diversas instancias la novela nos muestra fotografías, mayoritariamente las radiografías que muestran el avanzado cáncer de la protagonista. Son imágenes claras, probablemente por el hecho de que Nancy las examinó minuciosamente, de manera reiterada: “Un día el médico joven, el último médico que revisó las radiografías, me preguntó: ¿Las ha visto, doña Nancy? Yo le contesté que sí, todos los días en el baño, a contraluz. Y pensé en decirle: ¿No se ha fijado en las formas que nos visitan mientras miramos radiografías? (19). Esto da una explicación de por qué la protagonista tiene recuerdos tan claros de sus propias radiografías, al mismo tiempo que elabora en el aspecto de la perspectiva que Nancy tiene en torno a su propia realidad, esto debido a que ella se ha dedicado a encontrar formas dentro de sus propias radiografías. Mariposas y fantasmas dentro de las imágenes que representan su propio cuerpo consumiéndose rápidamente. Ella ya sabe lo que significan sus radiografías, lo tiene tan claro como el médico que la atiende, por lo que sabe que no le queda nada más que hacer con esas radiografías que mirarlas desde nuevas perspectivas. En otras palabras, los elementos visuales nos permiten adentrarnos aún más en la mente de Nancy, evidenciando su peculiar modo de ver la realidad, al hacernos partícipes directos de este ejercicio que ella realizó tantas veces. Algo similar ocurre con la imagen del logotipo de la procesadora de carne o la fotografía del hongo consumiendo al insecto, pues éstas son imágenes clavadas en la memoria de la joven, la primera por ser un elemento publicitario que se relaciona con un evento significativo de su vida, y la segunda por ser una fotografía que examinó hasta el punto de soñar al respecto. Todos estos elementos se relacionan con el aspecto de la memoria selectiva, discutida con anterioridad, lo que otorga valores diversos a las imágenes que la obra decide presentar ante el lector, pues se tiene consciencia de que, si se está presentando una imagen nítida frente al lector, y esta imagen ha de simbolizar un recuerdo nítido, quiere decir que poseen un aspecto de relevancia remarcable para la protagonista. Ya sea por reiteración, como ocurre con las radiografías o el logotipo, ya sea por impacto, como la inscripción en la lápida del hermano.

El relato a través del cuerpo

Como elemento final dentro de este apartado de la memoria está el énfasis en el cuerpo. El relato de Nancy está fuertemente marcado por la correlación entre la evolución de mente y cuerpo, siendo gran parte de la novela una exploración dentro de la psiquis de una joven explorando y comprendiendo los cambios de su propio cuerpo, al mismo tiempo que percibe constantemente cómo el entorno es capaz de modificar a las personas

de manera visible. Tomando en cuenta lo dicho por David le Breton (2010) queda clara esta relación entre cuerpo y memoria:

“La piel circunscribe el cuerpo, los límites de sí, estableciendo la frontera entre el adentro y el afuera, de manera viva, porosa, puesto que es también apertura al mundo, memoria viva. Ella envuelve y encarna a la persona, diferenciándola de los otros o vinculándola a ellos, según los signos utilizados. El cuerpo es la fuente identitaria del hombre; es el lugar y el tiempo en que el mundo se hace carne”.

(17)

A través del cuerpo percibimos al mundo, y el cuerpo mismo modifica y es modificado por aquello que lo rodea, y si consideramos a mente y cuerpo como elementos simbióticos inseparables, es comprensible el esfuerzo que la novela hace de señalar la relación entre la evolución psicológica de Nancy y los cambios constantes en su cuerpo. Esto se puede presenciar en una variedad de niveles dentro de la estructura de la novela, si consideramos que está formada como una metáfora patológica. El cuerpo modifica y es modificado por su entorno, y la enfermedad adquirida deteriora el cuerpo y la mente, dinámica que puede extrapolarse a la sociedad si la consideramos como cuerpo, y luego consideramos a la violencia como la enfermedad y, finalmente, la novela nos presenta que éstas son realidades simultáneas. La violencia modifica los mecanismos sociales, lo que afecta a los individuos en mente y cuerpo, y estos acaban ejerciendo violencia contra su entorno, perpetuando el ciclo.

Capítulo 2: Violencia contagiosa e invasiva

La enfermedad terminal puede poseer mecanismos de contagio, como puede ser el contacto directo con el infectado, pero independiente de si posee carácter de “enfermedad contagiosa”, la enfermedad terminal siempre posee carácter de invasiva. Es parte de las metáforas militares acopladas a la comprensión clínica de las enfermedades.

“Cuando se habla de cáncer, las metáforas maestras no provienen de la economía sino del vocabulario de la guerra: no hay médico, ni paciente atento, que no sea versado en esta terminología militar, o que por lo menos no la conozca. Las células

cancerosas no se multiplican y basta: «invaden». Como dice cierto manual, «los tumores malignos, aun cuando crecen lentamente, invaden» (Sontag 36).

Existe una relación curiosa entre las metáforas militares en medicina, y las metáforas patológicas en los discursos ideológicos o políticos. Comprender a la sociedad como un cuerpo proviene de tradiciones históricas, como parte de la idea de que cada “organismo”, dentro de la formación del estado, cumple una función determinada para preservar su buen funcionamiento. De este modo, una enfermedad dentro del sistema, suele ser considerada como una entidad contagiosa que corrompe la fibra social, creando una reacción en cadena que pone en riesgo el buen funcionamiento del sistema. El mismo discurso que se ha utilizado por siglos para la justificación de la segregación social, y la persecución de los individuos, es invertido por Lloret dentro de su novela. No son los individuos los que han de ser perseguidos como enfermedad, pues la enfermedad es la segregación misma, es el principio sistémico de la violencia legitimada lo que termina creando realidades cargadas de violencia y sufrimiento. En este sentido la violencia misma es la enfermedad contagiosa, la enfermedad invasiva que se mete entre los recovecos de la sociedad, envenenando todo lo que toca, y reproduciéndose dentro de la fibra social, llevando a las comunidades a su propia destrucción.

Para ilustrar este modus operandi de la violencia, la novela presenta a lo largo de toda su trama, las distintas formas en que la violencia se manifiesta y reproduce dentro de distintos niveles sociales. Pasaremos a analizar tres de estos niveles: familia, comunidad y sistema.

2.1-Violencia intrafamiliar: Castigo y abandono

La composición familiar de la protagonista contempla a la madre, al padre y a un hermano mayor. Viven en un hogar de clase media, donde la madre es ama de casa y el padre trabaja de contador en una multitienda. Como podemos ver, la familia de Nancy responde al arquetipo clásico de la familia nuclear de occidente, donde todos los integrantes se apegan a su rol de género, son religiosos y mantienen una marcada distancia entre sus asuntos privados y el espacio público. En otras palabras, Lloret pretendía subvertir este arquetipo familiar, basado en la suposición de que la composición y la obediencia de roles dentro de la familia, equivalen a un buen ambiente de desarrollo. Dentro de las cuatro paredes del hogar de Nancy, se presenta un constante huracán de violencia, mientras que, desde afuera, la familia es concebida, al menos en primera

instancia, como una familia modelo. Se presenta una clara ironía entre la perspectiva de la comunidad y la perspectiva de Nancy como víctima constante de violencia.

Ya analizamos con anterioridad algunos aspectos en torno a la madre de la protagonista. Tenemos conciencia de que es la encarnación de lo que Sanmartín (2009) denomina como “violencia activa”, comprendida como aquella violencia ejercida de manera directa y deliberada, ya sea violencia física o psicológica. Esto se debe a que la madre de Nancy existe como representación física del castigo.

A lo largo de la novela llegamos a comprender que la mayor parte de los miedos y dificultades que sufre la joven, tienen su origen en su relación con la madre. Ya sea su miedo a los gitanos, ya sea el miedo a Dios, su desconfianza en la comunidad y, sobre todo, la culpa. El castigo era una constante dentro de la infancia de la joven, en la medida en que no era necesario preguntarse si iba a ocurrir, sino que cuándo. Esto se debe a que la madre de Nancy la condenaba a ella y a su hermano, del delito fundamental de existir. En este sentido, no era necesario establecer una razón para el castigo, pues el motivo era la propia existencia de los hijos. Ellos eran la personificación de todas las frustraciones y las expectativas truncadas de la madre, al mismo tiempo que representaban las cadenas que la mantenían atada a su matrimonio. Es por esto que, desde muy temprana edad, Nancy recibirá discursos tales como:

“Tu papá es un maricón. Me casé con otro hombre yo. No me toca hace meses por tu culpa. Olvídate de usar la ropa del closet: va a estar con llave hasta que aprendai a ser mujer. Cuando naciste pensé que estabai muerta, y ojalá te hubierai muerto. Ojalá el doctor se hubiese ensañado con tu cogote cabra culiá. Ojalá hubierai nacido muerta muerta muerta. Me cagaste la cadera. Ni el pato salió tan feo y grande, pendeja culiá”. (Lloret 34)

Este párrafo de violencia psicológica golpea en varios niveles. En primera instancia, se presenta la brutalidad de las declaraciones de la figura materna, progenitora, una de las personas más importantes en la vida de toda persona, declarando a su hija que no solo desea que esté muerta, sino que desea que hubiera sido asesinada al nacer. Luego tenemos la dimensión del pecado de existir, basado en la lógica de que todos los males que la madre podía identificar dentro de su propia vida, eran culpa de Nancy. Y, por último, él habla en detrimento de la figura paterna, en un arranque que exagera los roles de género intrínsecos en la formación de la madre, roles que, como ya vimos, se encargará

de traspasar a su hija. También queda establecido dentro del relato que, independiente de la causa, ambos hermanos eran castigados al mismo tiempo, siendo ambos, recipientes de la ira materna. Es en estos momentos de la vida de Nancy, que la culpa se instala en lo más profundo de su ser. Una culpa que nace desde una narrativa anterior a su propia existencia, una culpa que ha de llevar independiente de lo que haga, y dentro de esta lógica, es el carácter omnipresente de la culpa, lo que hace que la protagonista lo asocie con la furia divina. Al mismo tiempo que se instaura la violencia moral que la llevará a aceptar en silencio todas las formas de violencia que lleguen a su camino. Es así como la violencia recibida en la infancia invade todos los espacios de la vida de la joven por medio de la culpa, percibida como condición intrínseca de la vida.

Pero la dimensión que Nancy no llega a notar durante su formación, es que la madre también puede considerarse una víctima de la violencia sistémica. Esta afirmación se basa en el hecho de que la madre responde a los principios de un orden patriarcal, y a una religiosidad característica de la dinámica de la culpa perpetua. La madre se formó bajo la noción de una familia nuclear ortodoxa. Si su ideal era conseguir esa estructura y posición dentro de la sociedad, el peso de la desilusión y la infelicidad la habrán convertido en lo que es. Pues la madre de Nancy no tenía aspiraciones propias, y sus días se consumían en los quehaceres interminables de un hogar que ella no quería. Donde las apariencias son un muro protector ante la implacable crítica del mundo que la rodea. Donde a puertas cerradas se puede vivir entre gritos, ira y violencia, para luego hablar de dioses y virtudes, pues la moral no está ligada a acciones, sino a títulos, comunidades y posiciones sociales. Probablemente a ella le inculcaron la noción del castigo físico, o que su única aspiración en la vida era organizar una casa y tener hijos, o el concepto de masculinidad toxica que después termina llevándola a un espacio de violencia domestica donde ella es la víctima:

“Nunca más nos vimos, porque me escapé a la mañana siguiente, luego de una discusión fuerte entre mamá y Manuel X Aunque discutir sería un decir. El minero tenía la mano pesada, y era corto de genio, así que a dos chillidos que la vieja lanzó decidió simplemente sacarle la chucha a mano abierta X X” (76).

Si bien Nancy construye la imagen de la madre como la de un monstruo, pues ella tuvo que convivir con esa violencia y recibió gran parte de sus miedos, inseguridades y defectos de ella, el relato la presenta también como una víctima del sistema en el que le tocó vivir. Pero como expresa Bourdieu, estar introducido en el sistema siendo dominado

te convierte en víctima, pero reproducir el sistema te vuelve cómplice. De este modo se presenta la dinámica del contagio, pues los mismos sistemas simbólicos de dominación que subyugaron a la madre de Nancy, serán traspasados por la fuerza a la protagonista, perpetuando así un ciclo que proviene desde una instancia anterior a la existencia de ambas.

En un cuadro distinto pero similar está el padre de Nancy. Una figura en constante cambio dentro de la percepción de la protagonista, pues diversos eventos y acciones del padre, irán construyendo su identidad ante los ojos de su hija. Si la madre de Nancy representa la violencia activa, el padre representa la violencia pasiva, aquella violencia que se ejerce al no responder ante las responsabilidades, la violencia negligente. Pues el padre de Nancy a lo largo de la novel se presenta como una entidad ausente. Ese abandono de aquellos que solo están presentes en cuerpo. De aquellos que dicen amar, pero no actúan acorde. El padre de Nancy es una entidad pasiva casi por completo:

“X Mi papá simplemente se quedaba leyendo si estaba leyendo, o rascándose el antebrazo y tomando jugo en polvo, secándose la frente con un pañuelo X Su paciencia y silencio eran las formas de sobrevivir a la esposa que había elegido para construir su hogar

Una huida hacia adentro”. (29)

La apatía, el silencio y la incapacidad de expresar emociones, incluso cuando se trata de interactuar con las personas más cercanas, todo eso Nancy lo aprende de su padre y de su entorno. Como veremos más adelante, el padre de Nancy es incapaz de manifestar lo que siente o piensa de manera abierta, ejemplo que su hija terminará por seguir. Esto sumado a la cantidad de eventos terribles que acompañarán a la joven, la vuelven una persona cerrada, alguien que decidió huir dentro de sí misma.

“La emoción no posee realidad por sí misma, no surge de una fisiología indiferente a las circunstancias culturales o sociales, no es la naturaleza del hombre la que habla a través de ella, sino sus condiciones sociales de existencia, que se traducen así por modificaciones fisiológicas y psicológicas” (le Breton 66).

Nancy muestra arranques de emocionalidad espontanea en varias ocasiones dentro de la novela, pero mientras avanza el relato, más descubre que no vale la pena, porque la pena no alcanza. Aun así, a pesar de todo lo anteriormente dicho, la figura del padre se

presenta como una entidad semi- positiva dentro de la perspectiva de Nancy, pues el punto de contraposición es la madre. La joven recordará a su padre de diversas maneras, llamándolo de distintas formas a lo largo de la novela: Papá bueno, papá tonto, papá santo, papá perdido, papá desierto, y papá santo otra vez. Esto se debe a las distintas instancias en que el padre realiza alguna acción trascendental o tiene algún cambio de actitud.

Con la pérdida de Patricio y el abandono de la madre, el mundo del padre de Nancy se desmorona vertiginosamente. De la noche a la mañana el padre se convierte en miembro de un hogar en ruinas, y su estatus como proveedor de un hogar modelo se quiebra por completo. El impacto de este evento es de una enorme magnitud, pues el padre de la protagonista es también una víctima del orden patriarcal, en el sentido de que no posee ninguna meta ni motivación propia, siendo su existencia una manifestación utilitaria, cuyo único fin es mantener un hogar por medio del trabajo. Al mismo tiempo el carácter estoico del padre tiene relación a la necesidad del hombre masculino, de guardar sus emociones a toda costa, de modo que no demuestre debilidad ante el resto, lo que lo lleva a sufrir todos los embates de la vida en total silencio, en una absoluta ausencia de mente. Incluso cuando pierde todo carácter de proveedor, cuando ya no tiene trabajo y solo se vuelve un ente consumidor de los recursos del hogar, sigue rechazando la ayuda, como si el orgullo y la mantención de su imagen de pilar inamovible fuera un acto reflejo, ligado directamente a su calidad de hombre trabajador.

Pero el padre de Nancy también es capaz de ejercer violencia activa, y lo hace varias veces a lo largo de la novela, a través del abandono. Si bien podríamos considerar a la pasividad del padre durante los primeros años de formación de Nancy y Patricio como una forma de abandono, posteriormente en la novela el acto se convertirá en performativa de abyección. Esto se debe a que, ante la más mínima instancia de superioridad moral, el padre de Nancy actúa como si poseyera la autoridad para marginar o exiliar al resto. Realizando este acto con Nancy y con el tío Aarón, su propio hermano. A su hija la exilia dentro de un arranque de fervor religioso, al descubrir que su hija salía por las tardes a conseguir dinero de fuentes desconocidas, que el padre asume de inmediato como prostitución, es ahí que le da un ultimátum a Nancy y la envía a vivir con la madre. Mientras que en el caso del tío Aarón, lo expulsa del hogar por no tener trabajo y caer en la depresión, efecto que actuará como presagio de la propia evolución del padre de Nancy, que también acabará cayendo en la depresión más profunda. Pero es ese instante de

superioridad moral, cuando ve a sus prójimos como entidades inferiores a sí mismo, que decide juzgarlos con toda la severidad y la autoridad que su ego le otorga.

Podemos observar entonces, como el padre de Nancy dentro de su carácter de víctima condenada por el sistema que lo formó, también se vuelve victimario y cómplice del sistema, al reproducir los mismos prejuicios y excesos que lo destruyeron. Mientras más avanza la novela, más distante se vuelve el padre. Mientras más abandona y expulsa, más solo y perdido se queda. Pues este personaje está condenado a sumergirse dentro de su propio sufrimiento, sin ningún mecanismo para tratar su depresión de forma sana, ya que su formación estableció en lo más profundo de su mente que la expresión de las emociones es una señal de derrota y vulnerabilidad, y que su orgullo como hombre estoico e inamovible es el valor más importante que posee.

La última dimensión a señalar dentro de este apartado sobre la familia, tiene que ver con la dimensión de la culpa presente en el padre y la madre, y ésta está directamente relacionada con la desaparición de Patricio. Como vimos con anterioridad, el hermano de Nancy sucumbe ante la violencia, y termina desapareciendo al adentrarse en el mundo del narcotráfico. Esto marca un punto de quiebre en la vida de Nancy, pues ella pierde a un pilar fundamental de su desarrollo emocional, pero por otro lado esta es la experiencia que lleva a su familia completa al punto de quiebre.

Posterior a la desaparición de Patricio, la madre y el padre reaccionan desmoronándose y evitando a toda costa hablar sobre el tema. Este es su mecanismo de duelo, el vuelco total de la tristeza y la ira contra la imagen del hijo, la omisión total de su existencia, con el fin de evitar la realidad, pues la muerte de Patricio simboliza el fracaso total de los progenitores. La pérdida del hijo es la representación más brutal de los efectos de su negligencia como familia, debido a que el hermano de Nancy, así como ella misma fueron víctimas perpetuas de la violencia intrafamiliar, y cuando el joven Patricio tuvo que salir a enfrentarse al mundo, se vio forzado a escoger entre su hogar, el sistema social que construyó a sus padres, y el dinero fácil pero peligroso del mundo de la droga. El fracaso de los progenitores está en no entregarle a su hijo, absolutamente nada positivo a lo cual volver, ninguna lección positiva, ningún apoyo en su formación como persona, por lo que solo le quedó la alternativa de adentrarse en un mundo distinto, lo más alejado de sus padres como fuera posible, y por ello se convirtió en una víctima eterna, un desaparecido. Patricio se convierte, de este modo, en el primer contacto de Nancy con la fatalidad que conlleva la violencia, mientras que, por otro lado, el padre y

la madre, se convertirán en ejemplos claros de como lidiar con la pérdida del modo más destructivo y malsano posible. La madre decidirá huir y desligarse de su familia, adentrándose a una dinámica nueva de violencia en la que ella es la víctima, mientras que el proceso de duelo del padre consistirá en volcar toda su ira contra la imagen del hijo, de modo que pueda evitar sentir la culpa: “Tu hermano está muerto, y tú resultaste ser una puta X Ándate. Ya no tengo hijos X” (67).

2.2-Violencia dentro de la comunidad: marginados dentro de la marginalidad

Una constante a lo largo de toda la novela, son las descripciones de los elementos que componen el entorno cotidiano de la comunidad. Desde los niños rondando sin supervisión ni rumbo, los basurales en las playas, la pobreza y el abandono, todo se nos presenta en función de articular las características básicas de la marginalidad. En este contexto se nos introduce la dimensión de la discriminación, del exilio de los individuos dentro de su propia comunidad, de la repugnancia ante el prójimo. Siguiendo la teoría de Sara Ahmed (2015), es posible notar que la repugnancia actúa de modos muy similares a la mitología del contagio y la enfermedad, en el sentido de que tanto el individuo enfermo como el sujeto repugnante, son expulsados del carácter social, son discriminados por razones que escapan a su condición de individuos, sujetos abyectos por narrativas anteriores a ellos mismos. La repugnancia es contagiosa, por lo que los individuos “no repugnantes”, hacen todo lo posible por evitar el contacto con estas entidades:

“La manera en que se genera la repugnancia por “contacto” entre los objetos es lo que hace que la atribución de repugnancia dependa de cierta historia, en vez de ser una consecuencia necesaria de la naturaleza de las cosas. No es que un objeto que podamos encontrar sea repugnante *per se*, más bien, un objeto se vuelve repugnante a través del contacto con otros objetos que ya han sido, por decirlo así, designados como repugnantes antes de que el encuentro se lleve a cabo”. (104)

La discriminación es una forma de violencia que basa toda su legitimación en discursos anteriores a los sujetos discriminados. Individuos considerados como enfermedades a ser evitadas o eliminadas, ven el odio que reciben justificado bajo ideologías insertadas en los sistemas simbólicos de conocimiento. A veces la ciencia creará la discriminación, a

veces la religión, a veces la política, pero la expresión de estos sistemas siempre puede observarse a nivel de las subjetividades, a nivel de víctimas y victimarios, perseguidos y perseguidores. Podemos observarlo, no tanto en la presencia de los vecinos de Nancy, pues casi no hay mención de ellos, a excepción de la instancia en que la madre de Nancy se refiere a ellos como “envidiosos muertos de hambre”. Donde sí podemos observarlo es en el comportamiento de las compañeras de curso de Nancy, pues como ella, las niñas de su colegio son receptores directos de la influencia de sus familias y del orden social:

““El desierto del espíritu está en el corazón de todas las ciudades, hermana Nancy”, escuchaba decir a las compañeras canutas hacía tiempo, en el recreo, cuando aún era una interlocutora digna, cuando incluso era algo envidiada, cuando algunos creían que solo no íbamos a predicar o al culto porque el jefe de mi familia era una especie de pastor oculto”. (31)

La comunidad en la que vive Nancy es fuertemente religiosa, pero la religión se ejerce dentro de esta comunidad como un mecanismo de segregación social. Cada grupo religioso existe en Ch como un grupo separado de individuos respondiendo a valores específicos. La familia de Nancy cumplía con esos valores, pues su composición familiar era tradicional, con un padre claramente religioso, pero claramente no interesado en los cultos. Al mismo tiempo que la violencia que sufría Nancy y su hermano se quedaba puertas adentro, pues su madre no ejercía su método de violencia física y psicológica en público, pues ella también estaba introducida en este juego de máscaras. Todos eran susceptibles al prejuicio, a la mirada ajena. Toda la comunidad vigilándose, con el fin de saber con certeza a quien integrar en el “nosotros” y quienes estarían en el “ellos”.

Una vez se sabe las circunstancias familiares de Nancy, de la desaparición de Patricio y el abandono de su madre, su comunidad le da la espalda: “...contra todo pronóstico nos habíamos convertido en lo que en el colegio definían como un hogar mal construido, un nido de serpientes **X**” (51). Las compañeras de Nancy comienzan a evitarla, y considerando que ella no hablaba de sus circunstancias familiares, es seguro intuir que sus vecinos se enteraron y transmitieron sus pensamientos y opiniones en los más jóvenes. Las compañeras de Nancy deciden excluirla por completo, como a una paria, como a una enfermedad contagiosa. La existencia de Nancy era una mala influencia en sus vidas, pues su hogar ya no era modelo, pues su hermano había desaparecido en líos de drogas, pues ella visitaba los lugares donde la juventud se corrompía:

“X Compartir conmigo era compartir con la muerte y para ellas había solo

X Resurrección X

De cierta manera pienso que intuían mi final, que veían a este cadáver drogado, penando desde el futuro X Nancy Cáncer flotando sobre Nancy recientemente Eva X

X El arte de aprender a tolerar a los que no te toleran X”. (58)

Esto resulta curioso, pues nos muestra una nueva dimensión del abandono. Resulta que las compañeras de Nancy y sus vecinos, sabían de su condición y podían predecir su final. Ellos habían visto la enfermedad formándose en Nancy, habían visto el cáncer que terminaría consumiendo su mente. Pero el enfermo de cáncer ve toda su identidad consumida por la enfermedad. A los ojos de la comunidad ella misma era la enfermedad, Nancy Cáncer.

Si volvemos a los conceptos de Bourdieu, los vecinos y las compañeras de Nancy están reproduciendo violencia simbólica, repitiendo los mismos prejuicios que los mantiene esclavizados a ellos. Podemos conectar esto con lo expuesto por Enrique Chaux (2003) donde habla en torno a estudios que demuestran que los individuos, sobre todo la juventud, incorpora y reproduce el maltrato y las condiciones de violencia que ellos mismos reciben: “La idea es que los niños que crecen en ambientes en los cuales son frecuentemente maltratados van a desarrollar modelos mentales de las relaciones sociales que incorporen ese maltrato” (51). Ese maltrato no necesita ser físico, ni tampoco directo, solo es necesario que sea reiterado, naturalizado o no penalizado. El tipo de abandono que Nancy sufre a manos de su comunidad, quizás no pueda tratarse como negligencia per se, pues en ellos no recae la responsabilidad de hacer algo al respecto, pero si representa una forma de violencia pasiva. El acto de aislar y discriminar a alguien es un acto intrínsecamente violento, es un acto conscientemente dañino que afecta la psicología de los individuos y puede, también, afectarlos físicamente. De la segregación social nacen aquellos que son percibidos como enemigos de la sociedad, en ese sentido Nancy representa una enfermedad potencialmente contagiosa que debe ser extirpada. Ella se convirtió en parte del grupo de los jóvenes vulnerables, y estos jóvenes son percibidos como malas influencias, como gente indudablemente podrida, por lo tanto, repugnante, y debían ser expulsados a toda costa.

Otro grupo prominente dentro de esta amalgama de individuos percibidos como repugnantes, es un grupo históricamente discriminado por una multiplicidad de sistemas simbólicos: los homosexuales. Ellos son tratados en la novela con un desdén brutal, pues en el limitado espacio en el que aparecen dentro de la novela, solo se puede contemplar el modo en que son discriminados o deben ocultarse. Por ejemplo, cuando el padre de Nancy comienza a frecuentar un bar gay, la protagonista se entera, significativamente, por medio de su comunidad, del mismo modo en que se enteró de la desaparición de Patricio, pues en su pequeño pueblo todos estaban enterados de la vida del otro, a excepción de Nancy. Una compañera se acerca a la protagonista y le susurra al oído “Tu papá es maraco” (84), y en ese momento la joven decide investigar sobre las actividades de su padre. Al seguirlo en mitad de la noche, nos muestra un párrafo que describe perfectamente el modo en que la comunidad de Nancy juzga a los homosexuales:

“X Entró a un lugar que durante toda mi infancia pensé que era malo, muy malo
X Los adultos nos decían: No hay que acercarse a Los troncos, es un antro del infierno. Ahí nadie tiene alma. Ahí todos se empozan”. (85)

Los integrantes de la comunidad de Nancy son plenamente conscientes de que en ese bar se reúnen homosexuales, e inculcan sus mensajes de odio a los niños desde temprana edad. Existe un mito común dentro de los discursos homófobos, y es la idea de que la homosexualidad es una enfermedad contagiosa, algo que, por simple contacto o influencia, puede esparcirse al resto de la comunidad. En otras palabras, se concibe a la homosexualidad como una condición repugnante y contagiosa. Pero luego observamos el otro lado de la moneda y vemos como interactúa esta comunidad de marginados dentro de la marginalidad:

“Ahí parecía que todos se unían: con un gesto de intimidad colectiva, como si abrazados se pudiesen juntar los trocitos del alma reventada, las locas, las putas y los clientes escuchaban cosas tristes, como las que escuchamos ahora con Isidorita, en los días especialmente lánguidos X”. (85)

Existe un carácter de unidad entre aquellos individuos que sufren discriminaciones similares. En el sufrimiento, se unen para darse fuerzas los unos a los otros. Del mismo modo en que todos los jóvenes abandonados jugaban en las playas, compartiendo la soledad y sonriendo juntos, los homosexuales se juntan para prestarse el apoyo que la sociedad les niega con tanta violencia. Por desgracia esta es una unión que

los misioneros mormones Bryan y Josías, jamás llegan a experimentar dentro de la novela. Ellos se verán en el dilema brutal de creer fervientemente en el mismo discurso que los discrimina. Son conscientes de que su relación es condenada por los principios de la iglesia a la que representan y, a pesar de que intentan llevar su relación en secreto por un tiempo, el hecho de que Nancy los descubriera y chantajeara les muestra la realidad en la que se encuentran. Si una niña pudo encontrarlos y chantajearlos con una cámara, cualquiera puede hacerlo, y ante el Dios en el que creen, no hay escapatoria, por lo que el episodio en que los jóvenes misioneros se encuentran con Kólob, la estrella más cercana a Dios según las creencias mormonas, esto simboliza el enfrentamiento entre sus sentimientos y su sistema de creencias. De este encuentro salen derrotados, y no se les volverá a ver. Ellos representan víctimas de múltiples sistemas de violencia, ya sea el sistema que enseñó a Nancy a ejercer violencia instrumental, como el sistema en el que formaron sus creencias, los jóvenes misioneros se verán en la encrucijada de sopesar sus sentimientos con aquello en lo que creen con fervor, aquello que los discrimina.

De este modo podemos observar cómo la violencia se apodera de todos los espacios dentro de la comunidad de Nancy, ejerciendo discriminación y prejuicios que luego serán reproducidos por la juventud. Así observamos cómo el propio discurso de la repugnancia es contagioso, sobre todo en una comunidad donde no hay secretos, y la única actividad que todos comparten es la de observar con el fin de determinar a quienes expulsar.

2.3- Violencia sistémica: Economía, Autoridad e Instituciones

Uno de los aspectos más trabajados dentro de la novela son las dinámicas económicas, esto debido a que gran parte de las localidades introducidas a lo largo de la novela poseen una descripción de sus características socio económicas. La mayor parte de estas localidades poseen la característica común de ser comunidades monoproductoras, lo que quiere decir que estas zonas se construyen en torno a una forma particular de industria, y sus habitantes deben dedicarse a trabajar dentro de estas industrias específicas con tal de sobrevivir. Existe una violencia intrínseca en estas formas de estructuración económica, una forma explícita de “violencia objetiva”, pues los individuos se ven atrapados en un ciclo económico de dependencia, muchas veces autodestructiva, pues la industria en la que se ven forzados a trabajar para subsistir, es también la causa de sus

problemas como comunidad. Por ejemplo, la localidad denominada como “C” dentro de la novela, se caracteriza por ser completamente dependiente de la industria productora de carnes:

“C era un lugar horrible al que hasta entonces no había ido más de cinco veces. Apenas habían jóvenes, y la mayoría de los adultos trabajaban en la procesadora de chanchos que quedaba fuera del pueblo X No había locomoción pública, sino solo camiones y buses de acercamiento con el logo del chancho sonriendo, con una corona en su cabeza, entre las orejas X”. (61)

Podemos notar que, incluso si la comunidad no se creó en torno a la procesadora, esta empresa particular tomó el control total del área, volviéndose el principal medio de subsistencia, y la ausencia de jóvenes está probablemente relacionada a esta condición económica, sin posibilidades de movilidad social ni variedad. Este control total de la población y sus condiciones de vida, otorga una nueva connotación al logotipo que se muestra en la novela, cargándola de un carácter irónico y trágico, en el sentido de que el logotipo es característico de los logos con mascotas empresariales de apariencia amigable, pero al mismo tiempo esta industria particular posee el control literal de la producción local. Al mismo tiempo esta empresa representa un peligro ambiental claro para la población. Las plantas procesadoras de cerdos son altamente contaminantes, y su presencia daña las áreas cercanas, al mismo tiempo que las devalúa severamente. En la novela C está inundado de un olor tan horrendo que resulta imposible respirarlo sin vomitar, por lo que la población tuvo que acostumbrarse a éste para sobrevivir. El último aspecto a señalar en torno a la violencia intrínseca en este tipo de sistema económico, es lo insustentable e irresponsable que es, pues genera un entorno en que los alrededores se deterioran de manera constante, pero los habitantes se ven forzados a trabajar en la misma industria que envenena su comunidad, so pena de acabar en la pobreza y el desempleo, generando una relación de dependencia capaz de colapsar en cualquier momento. Esto es lo que ocurre en C cuando un virus fuerza a la empresa a sacrificar a todos sus animales, colapsando la industria, y llevando a toda la población a la destrucción. Aquellos que pudieron huir lo hicieron, mientras que aquellos que no, murieron.

Una instancia similar ocurría en San Fermín, donde la población depende de una planta energética a carbón:

“... a pocos kilómetros de las últimas casas de San Fermín se alzaba una planta de energía a carbón que había destrozado el paisaje en menos de diez años. Los que quedaban ahí, los que aún no se iban, era gente demasiado pobre como para dejar de trabajar en la planta X Los niños nacían con problemas pulmonares, y sus cuerpos adquirían con los años el color de la ceniza y la consistencia de la lana cuando está mojada X Los podías reconocer desde lejos, por su forma de caminar, siempre agotados y sus pechos pequeños, hombros caídos, coronados por unos ojos secos, afiebrados X”. (41)

La industria a la que están sujetos los está matando de manera literal, lentamente, generación a generación, de un modo cruel y despiadado, volviéndolos dependientes de la fuente de sus males, solo para sobrevivir a la inmediatez, pero con la certeza de un futuro inexistente. Ante condiciones tan terribles no es de extrañar que los jóvenes de la zona hayan adoptado la violencia como método de subsistencia. Es lo que vemos cuando los jóvenes niños de San Fermín se aprovechan del estado vulnerable del padre de Nancy, destrozado por el prospecto falso de encontrar a su hijo, y lo estafan cruelmente, mintiéndole sobre el paradero de una persona perdida y presuntamente muerta. Este es otro ejemplo de agresión instrumental tal y como lo plantea Chauv, pues estos jóvenes internalizaron la violencia, adaptándose a un contexto de engañar o morir. El sistema social los privó de su salud y de sus futuros, y ante eso no hay moral que valga, no tienen nada más que perder.

Por último, la localidad de Fray Santiago, que resulta ser una mirada al aspecto histórico de este sistema económico. Una de las industrias más dañinas y severamente destructivas de la historia de Chile fue la industria del salitre. Sin regulación, sin derechos laborales, sin salida, las comunidades mineras de la industria salitrera estaban condenadas a permanecer a merced de sus empleadores, por lo que resulta realmente crudo que la localidad de Fray Santiago sea descrita dentro de la novela como una comunidad fantasma tan marcada por la muerte: “A un kilómetro de la salitrera había un sembradero de cruces de madera, y algunas de fierro” (87). La comunidad murió al igual que todas las comunidades salitreras luego de la invención y masificación del salitre sintético, lo que convierte a Fray Santiago en un ejemplo temprano de los efectos nocivos de la monoproducción y la dependencia que genera en las comunidades. Esta localidad sirve como un reflejo de aquello que estaba ocurriendo en San Fermín y C, donde sus habitantes están muriendo o se ven enfrentados a la caída de la industria y a la pérdida de sus medios

de subsistencia. El padre de Nancy fue en su tiempo uno de aquellos jóvenes que abandonaron el barco apenas pudieron, sin mirar atrás, y luego él mismo se verá enfrentado a la pérdida de su propio medio de subsistencia y a la desesperación que ello implica, curiosamente ambos hijos del abuelo de Nancy acabarán enfrentándose a destinos similares, lo que entrega el mensaje claro de que estos sistemas económicos tóxicos y autodestructivos son atemporales, y tienden a llevar al mismo resultado independiente de la época.

Podemos analizar todo esto de manera aún más amplia, adentrándonos en un sistema valórico ligado a la producción económica, donde los individuos perciben el trabajo como un fin más que como un medio. Donde el sentimiento de proveer se superpone a los demás aspectos de la formación del individuo, construyendo personas como el padre de Nancy o su hermano Aaron, que, al perder sus respectivas fuentes de ingresos, también perdieron toda voluntad de seguir adelante, de modo que podemos deducir que su único móvil vital era trabajar y proveer. Y por otro lado tenemos a aquellos individuos que no tienen otra alternativa más que trabajar en lo que puedan, vendiendo su salud y su futuro, intercambiándolo por un día más de vida, enfrentados al dilema de convertirse en muertos vivientes o simplemente morir.

En tanto a lo que respecta a las autoridades, existe un claro abandono hacia las comunidades periféricas. Es posible notar que, independiente de los crímenes y la violencia que se vive a diario dentro de la comunidad de Nancy y otras comunidades cercanas, la fuerza policial está completa, o casi completamente ausente. Pero en el momento en que está presente, los intereses son claros, pues en la comunidad de “C”, apenas colapsó la industria, comenzaron las protestas y, con ellas, llegaron fuerzas especiales, quienes se instalaron de forma perpetua a las afueras de la planta procesadora de cerdos. Carabineros acorazados portando metralletas custodiando la industria que dejó a un pueblo completo en la ruina, por lo que el mensaje es claro: la autoridad está únicamente en defensa del poder económico. Esto se condice con lo que ocurre con la llegada de la ministra a “C”:

“X Los chanchos enfermos primero, luego muertos X La furia inicial de la gente, las protestas, la violencia en las calles X Luego la llegada de la ministra de estado y las fuerzas especiales X Ante la negativa de la gente de C de enviar representantes, de entrevistarse con la ministra, la maldición de la ministra: Nunca

más nos acordaremos de ustedes en la capital, dijo mi tío que había dicho ella X".
(65)

El relato del tío de Nancy resulta ser un ejemplo de la realidad brutal de las comunidades periféricas en Chile, y es que los grandes esfuerzos, los grandes movimientos mediáticos y los centros del poder, todo se encuentra en la capital. Es por eso que las comunidades nombradas anteriormente pueden ser aplastadas sin miedo a represalias, por el simple hecho de no estar dentro del círculo de influencia de la capital. De este modo la violencia ejercida desde el estado, se presenta como una fuerza superior a la que cualquier individuo o comunidad puede combatir, es por eso que cuando se hace referencia a esta ministra, su mandato es considerado una maldición, ya que condena a muerte a una comunidad completa, sin que ésta pueda hacer nada al respecto.

En cuanto a las instituciones, podemos ver que la intervención de los centros educacionales brilla por su ausencia, pues jamás detienen o actúan en relación a la discriminación abierta que acontece en sus instalaciones. Por otro lado, cuando Nancy se encuentra sufriendo de inanición y no tiene a quien recurrir, los centros médicos le niegan el alimento una vez se enteran de la condición de abandono de la protagonista. Pero sin duda el relato más brutal de la violencia institucional, dentro de la novela, se encuentra en el relato de la joven Sandra en torno al funcionamiento del Sename. Resulta sumamente crudo y potente, pues la actividad no es violenta por un acto de negligencia y abandono, sino que resulta un acto criminal de manipulación, pedofilia, distribución de drogas y prostitución de menores, ejercida por la institución cuya función es proteger a jóvenes vulnerables. Sandra, la ex pareja de Patricio, fue llevada al Sename luego de que fuera encontrada por carabineros en posesión de drogas. La joven posee la misma edad que la protagonista y proviene de la misma comunidad, al mismo tiempo que queda implícito dentro del relato de Nancy, que sufría de abandono y que creció frecuentando bares desde muy temprana edad. Sandra representa un ejemplo claro de la juventud vulnerable, y su historia se construye de tal manera, que nos abre una ventana hacia una de los posibles destinos que Nancy estuvo cerca de sufrir. En torno al funcionamiento del Sename la joven dice:

“X Puedes salir en la mañana, y tienes que volver antes de las ocho de la noche, si no te quedas sin cama X Quedarse sin cama significa no poder dormir ahí. Aunque en verdad todas duermen de a dos o tres, pero aun así no hay espacio X

X Y quedarse sin cama es lo peor X También tienes que volver con plata X Los funcionarios son viejos horribles, cagados del mate X

La mayoría de las internas fuman pasta base o bolitas, algunas pocas le hacen al neopren o a la bencina X

Otras a lo que venga X La pasta la traen los mismos funcionarios X Para ganar plata nos instalamos en estos pasajes, cerca del edificio donde dormimos, y atendemos al que quiera. Aunque la mayoría son los mismos funcionarios, o camioneros cagados de pena”. (74)

Esta descripción es devastadora. Nos presenta un aspecto increíblemente siniestro de las realidades de la marginalidad, donde aquellos jóvenes abandonados por el sistema entran a un ciclo destructivo en el que individuos con poder se aprovechan de sus vulnerabilidades, potencian sus adicciones y ostentan el control sobre el único medio de subsistencia que les queda. Estos jóvenes están obligados legalmente a integrarse al sistema del Sename, lo que quiere decir que la ley los arroja a un foso de depravación y abuso del que no pueden salir, pues la única alternativa es la calle y la ilegalidad. Como ya expusimos con anterioridad, la realidad de Sandra es un reflejo de los destinos posibles de Nancy, pero su experiencia vital también puede ser llevada al resto de los jóvenes que la protagonista llega a conocer en su comunidad. Adentrarse en adicciones, sufrir abandono y violencia activa, sufrir los efectos de un sistema capaz de destruirlos a perpetuidad.

Es así como la violencia expresada a nivel micro dentro de las comunidades marginales, son solo un reflejo de la “violencia objetiva” ejercida desde los sistemas de organización económica y distribución del poder. La enfermedad de la violencia se transmite desde arriba hacia abajo, desde las cumbres de poder hacia los individuos y sus subjetividades. Y las personas se contagian de esta enfermedad que acaba por moldearlos y consumirlos lentamente, para luego terminar volviéndose cómplices de los mismos sistemas que condicionan sus vidas.

Capítulo 3: Violencia fatal

El aspecto más evidentemente definitorio de toda enfermedad terminal, es su capacidad de matar. El hecho innegable de que, llegado a cierto punto dentro del desarrollo de la enfermedad, ya no hay vuelta atrás, y aquel que padece la enfermedad se vuelve un muerto en vida, una entidad arrebatada de su propio ser por la enfermedad, que se yuxtapone a su identidad individual, convirtiendo al individuo en un “enfermo de”. Sin duda la cualidad más aterradora de la enfermedad terminal es su misterio, es su capacidad de llegar inadvertidamente, y truncar la vida de un modo doloroso y fortuito. En este sentido, el paciente que sufre de este tipo de enfermedad, existe dentro de una nebulosa de la posibilidad y la inevitabilidad. Se sabe que va a morir, lo que no se sabe es cuando, y en este margen temporal de incertidumbre, es donde radica la verdadera tragedia de este tipo de muerte, ya que el paciente tiene un grado ínfimo de esperanza, que va perdiendo lentamente, del modo más doloroso posible. Es por esta dimensión de sufrimiento extremo, de calvario, de suplicio, que existe toda una mitología que posiciona a la enfermedad como un castigo, como una condena entregada por alguna divinidad.

“Para los griegos la enfermedad podía ser gratuita o merecida (falta personal, transgresión colectiva o crimen cometido por los ancestros). Con la llegada del cristianismo que, como en todo, impuso ideas más moralizadoras acerca de las enfermedades, la correspondencia entre una enfermedad y su «víctima» fue haciéndose más estrecha. La idea de la enfermedad/castigo cedió su lugar a la de que una enfermedad podía ser un castigo particularmente apropiado y justo”.
(Sontag 26)

Diversos mitos moralizantes, plantear al enfermo como un individuo condenado por fuerzas superiores a su comprensión. Pero la verdad es que la enfermedad terminal actúa de manera indiscriminada, bajo la influencia de movimientos invisibles dentro del cuerpo, bajo alineaciones de circunstancias misteriosas que escapan al control individual. Pero es imposible desligar el misterio inherente en la enfermedad, de la percepción de que una fuerza u orden superior fue el juez y verdugo que decidió tomar la vida alguien. Si tomamos este aspecto de misterio y lo llevamos a la noción de violencia como enfermedad, nos encontramos con que la violencia sistémica siempre proviene de fuerzas anónimas, superiores al orden jerárquico de los individuos y sus subjetividades. La fatalidad de la violencia se presenta en su carácter de inevitabilidad, en el sentido de que

el individuo, ya inserto en un sistema que naturaliza la violencia, se dirigirá indudablemente a un final destructivo. Y ese final está condicionado por fuerzas superiores a sí mismo, lo que le otorga una potencia casi divina, pues es algo que es incapaz de combatir por sí solo.

El tratamiento de estos aspectos dentro de la novela, se presentan en una serie de elementos que atañen tanto a la forma como al contenido de la novela: la mística profética, y la estructura cíclica.

3.1-Mística profética

Este espacio se titula mística profética, en relación a la enorme cantidad de elementos religiosos dentro de la novela. Paralelos entre personajes y figuras religiosas, la percepción de la autoridad como divinidad castigadora, la relación estrecha que la trama hace con la religiosidad de la comunidad, y la culpa ante la figura de Dios. Todos son elementos que llenan a la novela de una carga especial, como si los eventos que acontecen dentro de la novela tuvieran relación con fuerzas superiores a los propios personajes, y si consideramos que el tema recurrente dentro de la novela es la violencia sistémica, efectivamente los destinos de los personajes de la novela están condicionados desde el comienzo.

Por ejemplo, un tema recurrente dentro de la novela es el “desierto del espíritu”. Observamos con anterioridad que el concepto es introducido por medio de una conversación, que Nancy tiene con una de sus compañeras religiosas. El desierto simbolizaría dentro de la novela el espacio de la tentación, a veces del pecado, otras del misterio y el conocimiento, pero una constante dentro de todos los sentidos otorgados al desierto, a lo largo de la novela, es que el individuo es capaz de perderse ahí. Perder la mente, el alma, la cordura, la pureza. Dentro de este contexto podemos tomar una vez más la figura de Patricio. Esto debido a que, en gran parte de la novela, la playa es considerada como análoga al desierto del espíritu. El hermano de Nancy es quien lleva a su hermana pequeña a jugar en la playa, ahí la presenta a sus amigos y ahí es donde Nancy descubrirá los misterios de su propia sexualidad. De un modo indirecto, Patricio conduce a su hermana a través del desierto, espacio del peligro y el pecado, pero uno de los únicos lugares en los que Nancy se reconocerá como verdaderamente feliz. El hermano de la protagonista es quien lleva en una primera instancia a Nancy a explorar la tierra

prometida, escapando del sometimiento de la madre despótica. La referencia bíblica toma forma con mucha fuerza a lo largo de la novela, pero toda sospecha queda aclarada cuando se nos rebela que el segundo nombre de Patricio es Moisés. Lo que da un nuevo giro, no solo a la figura del hermano de Nancy, sino que también, a su muerte, pues en el mito bíblico, Moisés es quien libra al pueblo judío y lo guía a través del desierto hacia la tierra prometida. Pero al llegar, Moisés no entra a la tierra prometida, sino que se queda afuera, y muere sin entrar jamás, y nunca se llega a encontrar su cuerpo. La novela nos otorgó pistas de este desenlace desde las primeras páginas, para luego confirmar todas las sospechas cerca del final de la novela.

Este es uno de los elementos místicos que se presentan constantemente, pero uno de los principales mecanismos que la obra utiliza para presentar el carácter profético del desarrollo de la trama, se encuentran en los prefacios de cada capítulo. Estos se encuentran desde el inicio de la obra y, desde ahí, al inicio de cada capítulo. Cada prefacio corresponde a un versículo bíblico (A excepción del primero que corresponde a un proverbio), que se relaciona con el contenido del capítulo en cuestión. Estos versículos suelen ser sentencias, lecciones o mandamientos, que luego cobrarán sentido dentro de los eventos de la novela. Existe una dimensión determinista en este mecanismo narrativo, pues lecciones escritas hace siglos, son actualizados en el contexto de la sociedad contemporánea como predicciones del futuro inevitable de una joven moldeada por fuerzas superiores a su propia comprensión. Los prefacios dan la impresión de que un poder superior guía los eventos de la vida de Nancy hacia un final predecible y trágico (además de irónico en algunos casos). Analizaremos un par de ejemplos:

“Honra a tu padre y a tu madre, como Jehová tu Dios te ha mandado,
para que sean prolongados tus días, y para que te vaya bien sobre la
Tierra que Jehová tu Dios te da.
Deuteronomio 5:16”. (29)

Este es el prefacio del que sería el capítulo tres de la novela, y su sentido posee un grado de ironía, pues es el capítulo en el que se introduce la dinámica familiar de Nancy. Luego de este versículo que ordena a los hijos ser la honra de sus progenitores, la primera línea del capítulo dice: “Cuando era niña mi mamá amenazaba con vendernos a los gitanos. Nos apuntaba con un dedo, a mí y al Pato, y decía que solo traíamos desgracia a la casa y gastos innecesarios” (ídem). El versículo solo presenta un mandato de conducta para los hijos, no para los padres, y este capítulo se dedica a ilustrar lo abusiva que podía

llegar a ser la vida temprana de la joven Nancy. La sentencia dice que la protagonista no vivirá ni feliz, ni por muchos años si no es capaz de honrar a sus progenitores, pero resulta que esa decisión nunca fue de ella, pues sin importar lo que hiciera, su madre siempre la percibiría como una carga y un error, mientras que su padre nunca vería en ella algo que valiera la pena defender y cuidar. Nancy y su hermano nacieron cargando la culpa de su propia existencia y, a los ojos de su madre, eran la causa de todos los males que aquejaban su hogar. A pesar de que la elección no está en manos de la protagonista, sufrirá la condena de todos modos, ya que, como bien sabemos, llegó al final de sus días a temprana edad y sufriendo de una depresión severa.

Analicemos otro prefacio. Este corresponde al capítulo en que Nancy es bautizada dentro de la iglesia mormona:

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciera de agua y del Espíritu,
No puede entrar en el reino de Dios.
Juan 3:5”. (86)

Cuando la protagonista decide bautizarse, no lo hace por un deseo real de convertirse a una fe, sino que lo hace con el fin de brindar estabilidad emocional a su padre, que había encontrado un verdadero cause vital en la religión. La joven encontrará un interés por el culto, sobre todo por el nexo que generó entre ella y su padre, pero no se muestra realmente convencida de comprometerse en el bautizo, y las consecuencias pesan en su conciencia:

“La habitación estaba bajo el templo. El hermano Jaime me llevó de la mano hacia la pileta X Y quedamos sumergidos hasta la cintura. El frio me paralizó el pubis, y sentí un hormigueo siniestro X Pensé: el castigo de Jehová por mis revolcones con Jesulé y mis escapadas a la Playa Roja X X X Por convivir con fornicarias y gente de mal. Por no estar bautizándome convencida X X”. (88)

Es así como Nancy nunca logra incorporarse realmente en el culto, debido a que nunca estuvo realmente convencida del proceso, ni el culto en sí. Pero la tierra de Dios no debe interpretarse solo como la entrada a la iglesia, sino que ha de ser llevada a su sentido de tierra prometida o paraíso, quizás alguna forma de felicidad o paz, cosa que Nancy jamás llega a experimentar.

Ahora, otro mecanismo constante dentro de la obra es la fórmula anafórica “Así fue”. Esta se encuentra en la mayor parte de los cierres de capítulo, y en torno a los

acontecimientos de mayor importancia de la novela. Resulta ser un elemento muy interesante, ya que posee relación directa con el relato de la memoria y con el carácter religioso de la formula “Amén” cuyo significado es “Así sea”. Al tratarse de una rememoración, somos conscientes de que los eventos narrados en la novela ya tuvieron lugar y desenlace, lo que establece la necesidad de modificar la formula al pasado, y sin embargo nosotros como lectores no conocemos el desarrollo de los eventos de la novela hasta leerlos posteriormente, pero en respuesta a esto la novela hace uso de la anáfora, repitiendo constantemente la formula como si se tratara de una oración, y podemos notar el patrón profético, por lo que, ya avanzada la novela, somos conscientes de que si vemos la frase “así fue”, quiere decir que sea cual sea la predicción, esta se hará realidad eventualmente. Por ejemplo, podemos señalar un momento clave dentro del desarrollo de la novela, que es el momento en que la madre de Nancy abandona el hogar en medio de gritos y peleas. De repente la formula sale al frente, dándonos pistas sobre el futuro de Nancy: “**X** La mamá ya tenía el bolso al hombro **X** Me senté junto a papá en la cama y lo abracé. Lo único que él hizo en todo el trance fue apoyar su mano peluda sobre mi hombro y decir: Ella se queda conmigo. Usted haga lo que quiera, mijita, per la Nancy no se mueve de acá **X X X X X X X X Y así fue X**” (51). Efectivamente la protagonista se queda junto a su padre por el resto de la novela, y si nos adentramos en el aspecto más profundo de este fragmento, el padre también, a lo largo de la novela, solo se dedicará a lamentarse, manteniendo a Nancy como un apoyo moral para seguir con vida. Y luego si nos adentramos a un aspecto aún más profundo, la sentencia del padre se hace real de algún modo, pues sin importar lo lejos que Nancy trató de huir, terminó volviendo a Ch, donde acabarían sus días.

Ahora, analicemos otro fragmento sumamente relevante dentro de esta línea de elementos proféticos dentro de la novela. Este corresponde al momento en que el padre de Nancy es despedido de la multitienda en la que trabajaba, siendo rescatado por su hermano Aarón, quien lo lleva de vuelta a casa. En ese momento, en mitad de la noche, Nancy piensa:

“**X** Me quedé escuchando sus ronquidos. Debajo de ellos, el miedo a las esquinas, con sus arañas, sus rugidos ahogados que te poseían el cuerpo en un calambre, desde los tobillos hasta la coronilla y te decían en un abraza:

Nunca te dejaremos sola **X**

Nunca **X**

Tu padre morirá hecho cenizas, y tú deambularás por los desiertos, como una herida convertida en flor X

Y así fue X X X X X". (83)

Esta es una predicción brutal que nace desde lo más profundo de una joven que ve la tragedia que se avecina sobre ella y su familia. Ese miedo a la tragedia inminente la acompaña hasta los últimos días de su vida, mientras su cuerpo estallaba contra sí mismo, como la fotografía del hongo que verá a futuro con Isidorita. Nancy verá ese miedo apoderándose de los espacios mientras una fuerza más allá de su comprensión y control, toma posesión de su cuerpo, y ella deambula triste y desolada por los desiertos del alma, sin un hogar real al que volver.

Dentro de la novela los elementos proféticos y místicos nos presentan una dimensión particular de la metáfora patológica que construye la novela, y es que los eventos que constituyen la vida de la protagonista están predichos. La enfermedad que aqueja a Nancy, el cáncer que lleva por dentro, tuvo su origen desde mucho tiempo antes, en un espacio indefinido e insospechado de su memoria. Los últimos momentos de su vida son solo la manifestación de los síntomas más extremos de su enfermedad, pues el cáncer se encuentra en su fase terminal. Básicamente el destino de Nancy ya estaba escrito por fuerzas anteriores a su propia existencia. Esas fuerzas son los sistemas de poder y la violencia que dio vida a su entorno, del cual Nancy solamente fue una habitante más, adaptándose, aprendiendo y naturalizando toda la violencia que su entorno le proveía.

3.2- Estructura cíclica

Este es uno de los principios más notorios de la forma en que se estructura la novela *Nancy*, y da lugar y sentido a su narrativa. Pero he decidido dejarlo para el final, pues también da sentido al cierre de la novela. El modo más claro en que se nos presenta la relación entre violencia y enfermedad, se encuentra en el modo en que la obra juega con dos espacios temporales distintos, espacios que denominaremos como: fuga y adultez, e infancia y adolescencia.

El relato se estructura in extrema res, como una retrospectiva de la vida de una persona, una mirada autorreflexiva de los eventos y decisiones de una vida, lo que

resulta ser bastante significativo. Esta forma de narrar la historia propia en retrospectiva desde un presente narrativo, posee una larga tradición dentro de la literatura. La novela picaresca, una manifestación temprana de este estilo narrativo, comparte ciertas características con *Nancy*, pues en la novela picaresca, un individuo, por diversos motivos usualmente especificados dentro de un prefacio, narra a un lector u oyente hipotético, los diversos acontecimientos que lo llevaron a su estado más actual, al espacio temporal presente. La perspectiva en este tipo de novelas también solía ser única. La voz del narrador, individuo que solía provenir de mundos marginales, era el único testimonio directo de los eventos narrados. Y usualmente existían pistas dentro de la narración que nos hacían dudar de la palabra del narrador, la veracidad de los eventos, o simplemente se nos mostraba un nivel de ironía que el protagonista no parecía detectar. Todos estos elementos están presentes en *Nancy*, excepto el de la voz dirigida a una entidad específica declarada en el texto, y la duda con respecto al testimonio del protagonista. La novela no nos muestra señales de que la voz de Nancy deba ser puesta en duda. Dentro de la novela picaresca, solía quedar explícito que el autor deseaba conseguir algún beneficio a través del relato de su historia, pero *Nancy* no tiene nada que ganar y nada más que perder. Incluso en momentos dudosos como el evento de los misioneros mormones y su encuentro con kólob, único evento aparentemente sobrenatural de la novela, no tenemos señales que nos hagan dudar del testimonio de Nancy. Por otro lado, la ironía presente en la novela no se encuentra en función de hacernos dudar, pues su única función es hacer patente la distancia entre la perspectiva de la protagonista y la del lector. Esa ironía es un abismo trágico, donde la joven no parece percatarse de que la gente a su alrededor se está aprovechando de ella, o que la violencia que la rodea no debería estar tan completamente naturalizada.

Volviendo a la narración retrospectiva in extrema res, una de las consecuencias de este estilo narrativo es que, de inmediato, genera una relación causal entre los acontecimientos narrados, siendo el pasado el origen lógico del presente, en relación a la posición, filosofía vital y perspectiva del personaje protagonista. A pesar de que algunas eventualidades no parezcan llevar una correlación directa, la distribución de eventos dentro de la novela lo deja implícito, generando un carácter de determinismo, pues conocemos el fin al que llegarán los eventos de la novela. Así nos podemos adentrar a *Nancy*, donde el primer momento de la novela nos muestra a una joven adolescente abandonando su hogar para unirse a una caravana de gitanos en dirección a

Bolivia. Esto deja una interrogante instantánea en el lector, pues ¿qué clase de eventos pueden llevar a una joven adolescente a abandonar, no solo su hogar, sino que su país, sin rumbo específico y sin recursos como para mantenerse con vida? Seguramente algún terrible evento la llevó a tomar una decisión así. Esta duda quedará suspendida, pues en un momento la novela hace un flash forward, desde el momento en que Nancy acepta una proposición fortuita de matrimonio, hasta los eventos y pormenores de su vida conyugal.

Dentro de este espacio de la novela, donde la joven Nancy, ahora una adulta, narra su matrimonio con Tim, un extranjero radicado en Chile, podemos notar que su estado psicológico está muy deteriorado. Existe un nivel claro de apatía en el modo en que narra los acontecimientos de su vida, con una conciencia clara del dolor y la soledad que siente, pero con una incapacidad de comprenderlos como algo distinto a lo inevitable. La Nancy post fuga parece dejarse llevar por los acontecimientos de su vida, como si la única voluntad que le quedara fuera la de únicamente mantenerse con vida. Pero no esa lucha por mantenerse en pie, sino que es ese mantenerse con vida característico de quien espera que la muerte llegue como una eventualidad más, dentro de la fuerte marea de eventos impredecibles e incontrolables.

Los eventos que ocurren dentro de la vida de esta Nancy de unos 37 años, son una concatenación de eventos trágicos y brutales, y es aquí donde podemos notar que el deterioro avanzado del estado anímico de la protagonista, se ve reflejado en el deterioro de su cuerpo.

Cuando a los 17 años Nancy se traslada a Bolivia, acepta de inmediato la propuesta de matrimonio de Tim, alguien a quien no conocía más que en apariencia. La joven está escapando, pero no de algo específico, pues lo que busca es un cambio que le otorgue estabilidad. No sabe realmente como encontrarlo, así que la propuesta de Tim llega como una oportunidad para sobrevivir y un posible pilar emocional, al mismo tiempo que el extranjero representa un fragmento de su pasado al cual puede aferrarse en este nuevo entorno desconocido. Pero su matrimonio resulta ser otro pozo de soledad y depresión. El siguiente párrafo narra cómo Tim comienza a actuar luego de que regresen a Chile y solo pueda conseguir trabajo en una pesquera japonesa:

“X Partía un día y pasaba quince en alta mar, junto con doscientos obreros más, manteniendo el ritmo de pesca de arrastre y procesando y enlatando los

pescados ahí mismo X Siempre volvía con una sonrisa y una tranquilidad que esa misma noche trastocaba en algún bar donde se lo chupaba todo con sus amigos”. (16-17)

Nancy ve partir constantemente a su esposo y único apoyo emocional vigente, para luego ver cómo el alcoholismo termina consumiéndolo por completo, dejando a la protagonista completamente sola. Ella dirá que “mantenían una relación cariñosa, pero distante”, para luego en el siguiente párrafo decir “...junto al terreno baldío de mi casa en Ch. Me sentía más cerca de todo lo que veía allá arriba que de ese idiota” (17). Por lo que se establece que, en el fuero interno de Nancy, ella sabe que este último intento por conseguir algún apego emocional ha fracasado completamente, a lo que viene la frase “¿En qué momento decidiste convertirte una viuda en vida?” (ídem).

Luego de que su matrimonio se vuelve este abismo de distancia y soledad, Nancy revela que la han diagnosticado cáncer avanzado. Tanto Nancy como Tim quedan devastados emocionalmente por la noticia, pero ninguno lo expresa directamente al otro, pues ambos están cerrados emocionalmente y, a pesar de 20 años de matrimonio, siguen siendo desconocidos. Tim se irá a beber y a sufrir sus penas bebiendo, y Nancy se quedará sola en casa, sintiendo cómo los síntomas de su enfermedad avanzan rápidamente. La rapidez de la enfermedad se equipará a la rapidez de la narración. La enfermedad consume rápidamente el cuerpo de Nancy y pronto deben extirparle los senos y el útero, lo que resulta sumamente significativo considerando como la sexualidad es tratada dentro de la novela, junto al aspecto de la enfermedad como castigo. Castigo comprendido como dimensión relativa a la culpa que Nancy siente a lo largo de la novela, en relación a su despertar sexual con Jesulé. Gran parte del actuar de Nancy joven es percibido por ella y por su entorno como pecaminoso o inapropiado. La novela no plantea una correlación directa entre el actuar de Nancy y el cáncer, pero la disposición de los eventos, sumado al carácter místico/religioso que cubre la novela, lo deja implícito para el lector. Nancy muestra su cuerpo mutilado ante el último pilar emocional que tiene, y Tim solo responde su primera impresión y se marcha para regresar a su alcoholismo.

Tim morirá de un modo tan trágico que llega a ser absurdo, siendo procesado y enlatado junto al resto de la pesca. Nancy ya ha cambiado su apariencia por completo, convirtiéndose en una figura frágil e irreconocible. Con la aniquilación de su cuerpo, comienza a perderse la dimensión social de su persona. Nancy, como individuo, es absorbida por su enfermedad a nivel social, pues ya no es percibida como una mujer o

como una persona. Ahora es una paciente de cáncer y, por lo tanto, es una condenada a muerte o una muerta en vida, un fantasma caminando entre la gente, por lo que es evitada por el resto de los mortales. Como ocurre cuando el doctor encargado de Nancy no tiene problemas en ser poco cortés, pues su paciente es un caso perdido. En cuanto al resto y su actuar. En el rostro de los pacientes de enfermedades terminales podemos observar nuestra propia mortalidad, y la fragilidad de nuestra condición humana y física. Al mismo tiempo, existe una dificultad para enfrentar esta sensación y seguir entregando el mismo trato cordial y empático cuando la enfermedad pesa tanto. Como hacer lo posible por no tocar un trauma del pasado de alguien, solo que, en este caso, el trauma está presente, está ocurriendo. Sin mencionar el hecho de que, a nivel social casi subconsciente, hay una tendencia a evitar a los enfermos, sea cual sea la enfermedad. Como explica Sontag, percibir a la enfermedad como misterio hace que las personas teman a la enfermedad y el contagio, ante esto entrar en contacto con el enfermo o el solo mencionar la enfermedad puede ser considerado tabú. Es por esto que la gente no se molesta en darle el pésame a Nancy. La imagen de una persona que ha perdido un ser querido, ya es difícil de afrontar en un nivel emocional, mucho más si se trata de la viuda de alguien alcohólico que probablemente la engañaba (sugerido por la frase “A la capilla asistieron algunos trabajadores de la procesadora, sobre todo mujeres, y poca gente más” (27)). Luego a eso se le suma la dimensión de enfermedad terminal con síntomas claramente visibles, y podemos entender como para los presentes era mucho más sencillo evitar a Nancy que dirigirse a ella. Lo que casi convierte a Nancy en un fantasma físico. Digo casi porque en este punto final de la vida de Nancy, encuentra a una persona que, si se queda con ella, Isidorita.

Isidorita será un personaje muy relevante dentro de la novela, pues es ella la que se convierte en el segundo y último apoyo emocional genuino dentro de la vida de Nancy, siendo Patricio la primera. La segunda persona que se preocupa de la protagonista de una forma real, y que actúa acorde, Isidorita comparte aspectos muy importantes con Nancy, la enfermedad y el abandono social. Ella es una joven con obesidad, parte de las enfermedades consideradas como castigo ante la conducta. En ámbitos sociales el peso empático se aligera en la medida que el discurso moralizante se superpone. Del mismo modo en que se deja de sentir empatía por delincuentes encarcelados, la carga empática disminuye cuando la enfermedad es considerada como consecuencia de un estilo de vida. Así como el cáncer de pulmón en fumadores compulsivos, la obesidad y sus

consecuencias es considerada como un castigo colateral. Por lo que Isidorita sería la persona que comprende de manera más profunda la condición actual de Nancy. Al mismo tiempo, lo que resulta más admirable es que la parte de la condición de Nancy que Isidorita no conoce, los motivos de su apatía y deterioro emocional, solo la motiva a indagar y comprender. Isidorita pregunta sobre la vida de Nancy, y le hace compañía, recibiendo compañía al mismo tiempo.

Sin embargo, el deterioro emocional de Nancy sigue avanzando a medida que su cuerpo deja de responder. Como dirá Nancy: “Saber que te vas a morir es horrible no sólo porque no quieres morir, sino porque la duda siempre sobrevive, y en mí sobrevivía, como una esperanza mínima agazapada detrás de los ojos. A pesar de mi figura esquelética, de estar totalmente mutilada, de ser un campo estéril” (Lloret 24). La esperanza es la generadora de la tragedia. La muerte anunciada duele en la medida que aún no llega y sobrevive la esperanza de una mejora. Pero la enfermedad es una sentencia de muerte. El cáncer de Nancy es terminal, por lo que su vida se vuelve una espera agónica, hasta que llega el momento en que se pierde la fe, y con la esperanza muerta solo queda esperar que la siga el cuerpo: “La morfina me tiene generalmente sumida en un sueño más doloroso incluso que este cáncer que me carcome los huesos X Cuando el gringo estaba vivo por último tenía alguien por quien preocuparme, pero todo fue TAN rápido. Estoy aquí, y espero” (Lloret 28).

Cuando se une esto a los aspectos relativos a la infancia y a la adolescencia de la protagonista, comprendemos que los años de formación son la base de la enfermedad de Nancy. Dentro de su pequeño mundo, los diversos eventos e instancias de violencia que Nancy presenciará y experimentará, son los precursores de aquel estado anímico en el que la vemos al principio de la novela, cuando nos habla de su presente. Todas las memorias de Nancy tienen relación con la destrucción paulatina de los pilares de su desarrollo, y siempre, flotando desde un futuro insospechado por la pequeña Nancy, se encuentra el fantasma de la protagonista, convertida en muerta viviente, imagen de la enfermedad y la inevitabilidad de la muerte, por lo que es imposible no realizar la conexión entre el cáncer consumiéndose el cuerpo, y la violencia consumiéndose la infancia y los espacios vitales.

Para finalizar, hay que señalar que la novela finaliza en el mismo lugar en el que inicia, en el momento en que Nancy abandona a su padre y a Chile en búsqueda de un futuro desconocido. Se forma una conexión directa entre el trauma de infancia con los

gitanos, y el hecho de que se vaya voluntariamente con ellos al final y al comienzo de la obra. Nos quiere decir que la joven ya fue modificada por el mundo, ya fue vapuleada por todas las circunstancias posibles. La Nancy del inicio y el final de la obra ya no tiene nada que perder, ni pilares emocionales, ni lugar al que volver. Sabe que la felicidad con el padre es solo una forma pasajera de esperanza, que acabará apuñalándola por la espalda, por lo que decide huir. Ante toda una vida de trauma, el proceso de duelo será la negación del todo, un escape, un intento de inicio desde cero. Pero como ya sabemos a estas alturas, Nancy jamás logra escapar, jamás encuentra la paz que añora, porque no lleva el peso de la vida en los hombros, sino que lo lleva adentro, en lo más profundo de su ser. La estructura de la novela es cíclica, sabemos que no hay escapatoria. Es parte del principio fatal e inevitable de la violencia, y la obra nos lo dijo desde el primer prefacio: “Mientras más lejos camines de casa, más caminarás de vuelta” (5).

Conclusiones

De este modo concluye este análisis de *Nancy* con una serie de reflexiones en torno a la novela, su forma y su trama. Ante la constante interrogante sobre cómo representar la violencia en la literatura, hemos determinado que Bruno Lloret optó por estructurar su novela con el propósito de construir una metáfora patológica, en la cual se equiparan enfermedad terminal y violencia en diversos niveles. En este contexto, se ha demostrado, que es posible identificar una serie de aspectos característicos de una enfermedad terminal en las diversas estructuras que componen el mundo narrativo presentado en *Nancy*.

En primer lugar, la exploración del carácter insidioso de la enfermedad terminal presenta sus paralelos con el modus operandi de la violencia simbólica, y los sistemas de poder y orden que manejan el conocimiento y la verdad. Estos sistemas se insertan en la cosmovisión de los individuos por medio de discursos de legitimación, ya sea científicos, religiosos, morales, políticos, económicos o ideológicos. Sin que lo noten, los miembros de la comunidad son sometidos ante el orden establecido, por lo que acaban reproduciendo y naturalizando las formas de violencia que reciben y ejercen, volviéndose cómplices del sistema. Esta violencia se expresará en la constante presión psicológica que los miembros de la comunidad ejercen entre sí, el modo en que se excluyen y discriminan, el modo en que se insultan y maltratan física y emocionalmente, cada forma de violencia se muestra normalizada, establecida en la base misma de la estructura social. La

comunidad está infectada por la violencia desde sus cimientos, y los integrantes de la comunidad se convertirán en los nuevos agentes de contagio y proliferación de la enfermedad, del mismo modo que los portadores de una enfermedad contagiosa prefieren mantener su incertidumbre, naturalizando los síntomas como si fueran elementos normales de la cotidianidad.

La novela construye esta reflexión a través de una narrativa que nos presenta la perspectiva única de una joven introducida dentro del sistema. Una persona que, a lo largo de su vida, aprenderá a naturalizar y reproducir la violencia con el fin de sobrevivir en el mundo de la marginalidad. *Nancy* se estructura centrándose fuertemente en la evolución del cuerpo y su repercusión en la mente, el crecimiento emocional y físico, la integración del entorno en el individuo, el efecto de la enfermedad sobre la apariencia física, el deterioro constante de las personas a nivel fundamental, expresado en su actuar, su pensar y su quehacer. La novela nos hace testigos de este proceso evolutivo, mostrándonos el modo en que la protagonista integra lentamente a su entorno dentro de sí misma, creando una cosmovisión particular, un entendimiento del entorno y sus mecanismos desde la violencia marginal, desde la víctima que naturaliza su estado.

Por otro lado, el modo en que la novela trabaja la memoria nos presenta la forma en que la violencia se introduce en los rincones de la mente de los individuos, modificando sus percepciones, alterando recuerdos a través del trauma de la violencia. La memoria hará una selección inconsciente de eventos, modificando sus connotaciones a partir de los mecanismos de duelo. Luego exploramos el carácter contagioso e invasivo de la enfermedad terminal, expresado dentro de la novela en la construcción de diversos estratos que componen el orden social de la comunidad marginal. Desde la microestructura de la familia a las macroestructuras de la economía y la autoridad, cada estrato presenta su modo particular de ejercer violencia, que llevarán a los individuos a reproducir esa violencia. Sistemas simbólicos biopolíticos como el patriarcado, inculcan sus bases de legitimidad en los ámbitos más recónditos y privados de la vida de los individuos, que acabarán por llevar la carga de un sistema de valores perjudicial en sus espaldas. La analogía con el cáncer nos presentaría a la violencia como una enfermedad social, pero también como un proceso invasivo, una enfermedad que se introduce de manera insospechada en lo más recóndito de la psique de los individuos, y se esparce consumiendo sus vidas y sus memorias. El proceso destructivo del cuerpo social sería

provocado por el cáncer de la violencia sistémica y sus manifestaciones dentro de los diversos estratos sociales.

Por último, el carácter fatal de la enfermedad terminal se explora dentro de la novela en torno al inevitable fin destructivo que conlleva, la instalación y reproducción de sistemas violentos dentro de la sociedad. Podemos ver como cada personaje introducido por la novela, sucumbe ante alguna forma de fin trágico o sobreviviendo en algún estado de sufrimiento perpetuo. La madre de Nancy acaba en un hogar donde la golpean, el padre acaba sumergido en la más profunda depresión, Patricio se adentra en un mundo de peligros y acaba desapareciendo, sin mencionar al resto del elenco de la novela, que acaban sufriendo el peso de poderes que se superponen a todas sus capacidades de defensa. Aquellas cosas que envenenan a la sociedad de la novela, son sistemas complejos que ordenan el actuar de los individuos y su comprensión del mundo. La novela explora este aspecto de la vida social cargando los eventos y personajes de la novela, con una amplia gama de elementos bíblicos y místicos, que permiten a la obra generar la impresión de que los mecanismos de la violencia, provienen desde espacios superiores que escapan al control y, a veces, a la comprensión de los individuos sometidos. Nombres de personajes, lugares y situaciones, llevan un claro tinte de misticismo religioso, que resulta comprensible si consideramos que vemos los eventos desde la perspectiva de una persona que, durante toda su infancia, fue sometida violentamente a una religiosidad castigadora y omnipresente. Y al mismo tiempo que la novela carga sus eventos, lugares y personajes con connotaciones místicas, una serie de formulas proféticas, nos entregan pistas sobre el devenir de la protagonista y su mundo, pues su futuro estaba anunciado desde el momento en que fue a nacer en un entorno tan fuertemente cargado de violencia.

Y finalmente, la estructura cíclica de la novela nos presenta una narración cerrada, que acaba en el mismo punto en que inicia. Lo que reafirma el principio de que cada evento explorado en el pasado de la protagonista posee su contraparte en el espacio del presente narrativo. Sabemos desde un inicio el final trágico de la joven Nancy, y cada evento recopilado desde su memoria, solamente nos da la certeza de que su sufrimiento y malestar en la adultez, solo son un reflejo de los eventos que la destruyeron psicológicamente durante su infancia. Al mismo tiempo que el fantasma del cuerpo carcomido por el cáncer, flota de manera ominosa sobre todas las memorias de Nancy, haciendo un paralelo entre la destrucción paulatina del cuerpo a manos de la enfermedad,

y su contraparte en la aniquilación sistemática de los pilares fundamentales del desarrollo emocional y físico de la protagonista. Esta estructura narrativa genera el efecto de lo inescapable, de la impotencia ante los grandes mecanismos que controlan el orden social, encerrando a los individuos en una espiral predecible de deterioro físico y emocional. Nancy nace dentro de un sistema plagado por la violencia, luego intenta huir de todo, pero su entorno ya la había moldeado, ya habitaba su interior dando forma a su existencia, por lo que le resultó imposible escapar. Nancy acaba volviendo a la tierra que la vio nacer y la destruyó lentamente, para pasar sus últimos momentos recordando lo vivido, todo el camino que la llevó a ese final trágico, letárgico, esperando lo inevitable.

Cabe aventurar una última reflexión en torno a la elección del autor, de utilizar al cáncer como representante de la violencia en las sociedades. Si bien es posible que solo tenga relación con el aspecto de avance paulatino y fatal del cuerpo, también es posible que haya sido seleccionado porque dentro de las sociedades contemporáneas, el cáncer se ha vuelto una enfermedad tratable. Solo que requiere de una identificación oportuna y un tratamiento adecuado. En este sentido, es probable que, si la violencia dentro del mundo de Nancy hubiera sido identificada y detenida a tiempo por los organismos pertinentes, el destino de Nancy habría sido evitado, y jamás habría tenido que atravesar los desiertos del espíritu en soledad.

Bibliografía

- Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones*. Ciudad universitaria, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015. 133-161.
- Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1999.
- Campuzano, Pablo Montoya. "La representación de la violencia en la reciente literatura colombiana." *Estudios de literatura colombiana* 4 (1999): 107-115.
- Chaux, Enrique. "Agresión reactiva, agresión instrumental y el ciclo de la violencia". *Revista de estudios sociales* N°15 (2003):47-58.
- Hall, Stuart. *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Trad. Elías Sevilla Casas. Londres: Sage Publications, 1997.13-74.
- Le Breton, David. *Cuerpo sensible*. Trad. Alejandro Madrid Zan. Santiago: Metales pesados, 2010.
- Lloret, Bruno. *Nancy*. Santiago, Chile: Editorial Cuneta, 2015.
- Nancy, Jean-Luc. *¿Un sujeto?* Trad. L. Felipe Alarcón. Buenos Aires: Ediciones La Cebra, 2014.
- Pinto, Tal. "Crítica: Nancy no se rinde". *The Clinic*. 03 sep. 2015. Web. 20 nov. 2018 <<http://www.theclinic.cl/2015/09/03/critica-nancy-no-se-rinde/>>
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Rojas, Sergio. "Profunda superficie. Memoria de lo cotidiano en la literatura chilena". *Revista chilena de literatura* N°89 (2015): 231-256.
- Sanmartín, José. "¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia". *Δαιμόν* N°42 (2007): 9-21.
- Segato, Rita Laura. *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2003. 13-130. Impreso.

-Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Trad. Mario Muchnik. Editorial Titivillus, 1977.

-Žižek Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Trad. Antonio José Antón Fernández. Barcelona: Editorial Paidós, 2009.